

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Violencia y civilidad [Violence and civility]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Palacios, Marcela
Publisher	Universidad El Bosque
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-08 23:06:12
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/215309

VIOLENCIA Y CIVILIDAD

*Marcelo Palacios**

Autoridades académicas, Profesores, Sras. y Srs:

Antes que nada quiero expresar mi agradecimiento a la Universidad El Bosque y en particular al profesor Dn. Jaime Escobar por su amable invitación a este importante Seminario; también a la esposa del profesor y a sus colaboradores, por su exquisito sentido de la hospitalidad y por su eficacia durante estos encuentros. Gracias igualmente a todos los asistentes por su profunda implicación en la temática de un Seminario pionero como el presente, al que acudimos con disposición plenamente constructiva.

Les traigo además un cordial saludo de la Sociedad Internacional de Bioética (SIBI), con la que algunos de ustedes mantienen una fructífera relación.

Oí en cierta ocasión que “la Patria es allí donde nos quieren”. Esa es mi sensación al hallarme en Colombia intercambiando criterios con vosotros, y espero que un día no lejano todos los colombianos disfruten, especialmente los más desfavorecidos, del bienestar que merecen. El bienestar es “estar entre bienes”: la paz, el trabajo, la atención a la salud, la educación, la seguridad, el respeto a la identidad cultural, a la mujer, a la infancia y a los mayores, la cobertura suficiente de los requerimientos personales familiares y sociales, el

* Fundador de la Sociedad Internacional de Bioética (SIBI). Presidente del Comité Científico. C/ Cabrales 48, 1º 33201 Gijón ESPAÑA. Tfno: 00-34-98-534-81-85. Fax: 00-34-98-535-34-37. E-mail: bioetica@sibi.org

disfrute de un medio ambiente conservado, etc.. Les deseo esos bienes y otros de todo corazón, y que el pueblo de su antiguo y hermoso país deje de sufrir.

En lo que llamaría una conversación con vosotros, no me referiré a la situación de conflicto en Colombia, por consideración a quienes aquí presentes tienen autoridad para hacerlo, y por vetármelo mi escaso conocimiento de los hechos. Haré una aproximación antropológica y evolutiva de la violencia, según lo entiendo, y otras consideraciones al caso. No obstante, y por lo escuchado estos días, permítanme previamente una breve consideración sobre la afirmación de que constituimos una “sociedad de riesgo”, y algunos apuntes acerca de la Bioética.

Se debe a Ulrich Beck y encuentra valedores, el concepto “sociedad de riesgo” para calificar la sociedad que formamos y en que nos toca vivir, como si el riesgo fuera algo esencial, inherente a ella y nos halláramos ante un estigma irreversible e imposible de erradicar. No es de recibo tal aseveración, como tampoco es admisible, sin más, que la sociedad así llamada sea el efecto de la ciencia y la tecnología en el tránsito hasta nuestros días desde la sociedad industrial. “La ciencia y la tecnología -lo afirmó el Nobel Francois Jacob- no construyen templos ni tumbas”, esos los hacemos los hombres con nuestros egoísmos, abusos, desmanes, servidumbres y connivencias. La ciencia y la tecnología son buenas o malas en razón de cómo se utilicen, no en sí mismas, de modo que la tesis de la sociedad de riesgo falla por acomodaticia al excluir a quienes provocan el riesgo y remitirla al abstracto de la ciencia y la tecnología.

Hay que afirmar rotundamente que son algunos de los protagonistas sociales efectores (poderes políticos, científicos, confesionales o económicos, grupos ideológicos, individuos) los que al manejarlas arbitrariamente, con sus actividades, comportamientos e intereses exponen y condicionan a la sociedad con riegos de mayor o menor gravedad, incidencia y transcendencia.

En consecuencia, evaluando la conducta del ser humano y no los peligros que pueden acaecernos debidos a causas naturales, lo que en realidad somos es

una “*sociedad sometida al riesgo*” (entendiendo aquí la sociedad como la humanidad entera), y ocurre así porque los *responsables* (más bien irresponsables) de esta situación operan a su conveniencia y sin tener en cuenta el interés general. De ello se colige que es deber y obligación de todos desenmascarar a esos responsables y arbitrar, a través de los cauces legitimados, los mecanismos de actuación precisos para prevenir la amenaza o impedir el hecho consumado dañoso. Dado que tales riesgos se derivan de comportamientos antisociales demostrables es obvio que pueden ser evitados, ante todo con una actitud ética (bioética en determinados asuntos) en los distintos ámbitos de acción civil, y en su caso con mecanismos democráticos legales y eficaces de control e intervención.

En cuanto a la Bioética, tema que mañana trataré ampliamente en la Universidad de Antioquia, en Medellín, es un fenómeno cultural que tiene sus orígenes en las conocidas publicaciones de 1970-71 de su “padre” e impulsor Van Rennselaar Potter (EE.UU.).

Entiendo hoy en día la Bioética (del griego *bios*=vida, *ethiké*=moral) como “*la disciplina que se implica universalmente, desde diversos enfoques y de forma comprometida -a ser posible, anticipadamente-, en todos los problemas que se derivan o pueden hacerlo de las aplicaciones de la ciencia y la tecnología sobre el bios (la vida en general, y muy especialmente sobre la vida humana), con el propósito de ayudar a impedir su uso abusivo*”; o lo que es lo mismo, “*la disciplina encargada del análisis de los usos y avances de las biociencias y sus tecnologías, para establecer orientaciones éticas aplicables que concilien su utilización con el máximo respeto a la dignidad del hombre y a la conservación del medio ambiente, las especies y la naturaleza*”.

La Bioética es una disciplina de *valores y conductas*. Sobre los primeros, la Bioética incorpora y representa los elementos éticos racionales *suficientes* y aceptados para proteger la *dignidad* humana y los derechos que de ella se derivan. La defensa de esos valores se traduce en conductas o comportamientos también indispensables: *autocrítica, heterocrítica, objetividad* como reflejo de

la *verdad* (he repetido muchas veces que la auténtica Bioética no quiere patrimonializar la verdad, le basta con que se respete), *responsabilidad, equidad, autonomía o autodeterminación* (desbaratando la *falacia de la autonomía*, ese proceder aparente que la defiende de manera altisonante, pero llegado el caso la teme y la bloquea), y la *toma de decisiones* civiles (*dirimencia*) con base especialmente en la *participación, el dialogo y el debate público*.

La Bioética, en definitiva, se ha ido consolidando como una filosofía existencial pragmática, la *Cultura Bioética*, preocupada por la Humanidad y la Biosfera y caracterizada por ser:

- *Civil*, con criterios de racionalidad y procedencia, y por ello laica y sin condicionantes confesionales o partidistas.
- *Social*, al servicio del individuo y del interés general. Ello presupone que sea: a) actual; b) práctica, lo que denomino “Bioética a pié de obra”, es decir, pragmática y efectiva; c), activa, pues si la ciencia y la tecnología resultarán positivas o negativas en función de cómo las usemos, “la Bioética no puede permanecer neutral”; al contrario, desde el activismo intelectual y pacífico cuyo mayor exponente es el debate público, ha comprometerse en sus deliberaciones y orientaciones; d), antiviolencia, decidida a perseguir y anular cualquier clase de violencia, incluidas las que la ciencia y la tecnología pudieran ocasionar. Por lo demás, debe servir al enseñante, a la política, a la sociedad en general, etc. desde una rigurosa *independencia* y sin dejarse desnaturalizar.
- *Convivencial*, y por ello, consensuada, transterritorial y transcultural.
- *Universal*, intercomunicada, cooperativa, aunque las diferencias entre culturas y tradiciones y los intereses en liza condicionen en ocasiones tal objetivo.
- Con un *lenguaje propio*, transitorio por la transformación temporal de los hechos, definido por: a) tener un alcance global; b), configurar su espacio y contenidos peculiares; c), ser ante todo producto de la disección dialéctica continuada; y d), formularse con claridad y a tenor de quien lo recibe (lenguaje bioético básico o especializado).

Los *objetivos* de la Bioética se dirigen a armonizar los derechos humanos con las aplicaciones de la ciencia y la tecnología, y al logro del *bienestar* de los individuos y las sociedades que constituyen, estar entre esos bienes y vivirlos de la mejor manera posible y sin discriminación alguna, aspirando, en suma, a la *humanización de las ciencias y las tecnologías*. Tal es el sentido de la *Declaración Bioética de Gijón* (parágrafo 1.), dada a conocer durante el I Congreso Mundial de Bioética celebrado en esa ciudad española en junio de 2000: “las biociencias y sus tecnologías deben servir al bienestar de la humanidad, al desarrollo sostenible de todos los países, a la paz mundial y a la protección y conservación de la naturaleza; lo que implica que los países desarrollados deben compartir los beneficios de las biociencias y de sus tecnologías con los habitantes de las zonas menos favorecidas del planeta y servir al bienestar de cada ser humano”.

Añado, para finalizar esta aproximación:

- La Bioética *no se inventa, no es un diseño de despacho* con ínfulas de categoría, para difundir cual si fuera su fundamento único. Por el contrario, esa apasionante tarea que es la construcción permanente de la Bioética brinda una oportunidad única: la de *elaborarla y estructurarla paulatinamente y con la participación de todos* (sin endogamias ni exclusiones), no solo de unos pocos (grupos, individuos) ni con la adjetivación particular que sirva antes que nada a sus intenciones y cálculos. Quiero decir que no puede pretenderse una Bioética fragmentada, sea jurídica, médica, biológica, religiosa etc., puesto que la Bioética son todas ellas o no es. Cuantas más disciplinas se incorporen la Bioética, tanto mejor; por supuesto, no para calificarse a sí mismas y establecer mas o menos subliminalmente su territorio concreto, sino para configurarla como un todo afronterizo, global y en expansión. Quien pretendiera amañar tal territorio desde su particular visión andaría a la búsqueda de otra cosa distinta a los fundamentos y objetivos de la Bioética, y lo ético será que se aleje de ella antes de parasitaria o revise sus intenciones para compartirla sin alibies.

- *No hay problemas de la Bioética*, como en ocasiones se asegura, salvo los que artificiosamente le asignemos. La interdisciplinaridad y pluralismo del cuerpo bioético son a veces tenidas por uno de esos problemas, cuando, al contrario, son una *gran ventaja*. Haber conseguido con innumerables aportaciones y actividades que la Cultura Bioética se haya consolidado por muchos lugares del mundo como cauce público, intelectual y ético de encuentro y deliberación de disciplinas, materias y opiniones diferentes, supranacionales y transculturales, es un *logro sociocultural* muy infrecuente y, sobre todo, de excepcional relieve, hasta el punto que se ha convertido en un *instrumento civil* de primer orden e importancia: su influencia en el siglo actual será tan necesaria e indiscutible que no dudé tiempo atrás en calificarlo como el *Siglo de la Bioética*.

En resumen, lo que hay son problemas que la ciencia y la tecnología trae consigo y a los que la Bioética contribuye a dar solución (o lo pretende).

- He de reiterar mi valoración positiva del *consenso* cuando sea necesario, entre otras razones porque, de un modo u otro, forma parte de nuestras relaciones cotidianas convivenciales. El consenso bioético pone a prueba el talante y la voluntad de entendimiento para un fin o fines de interés común, es el resultado una disposición tolerante y solidaria en la que las partes ceden algo propio para que gane y se haga realidad el producto social esperado.

CULTURA Y VIOLENCIA

La Humanidad somos todos, los hombres primitivos y los cultivados, y en la conducta común damos la medida social de nuestra especie. La Humanidad es un colectivo cuyos éxitos (¿el progreso?) y fracasos (¿la regresión?) no lo son tanto individuos concretos como de toda la población, y, muy especialmente, en su reciente historia.

En la evolución del hombre, junto a su acervo genético intervinieron básicamente el *medio ambiente* y el *desarrollo cultural*. En el terreno físico hay grandes misterios que no han aclarado la genética molecular o de poblaciones, la inmunología o la datación de fósiles con isótopos radioactivos -entre otras disciplinas y procedimientos- aunque se avanza en el desciframiento de los enigmas pendientes. Metidos ya en el terreno cultural, *la violencia* fue el motor evolutivo primordial del hombre, y si la traigo aquí no es para que sirva de antemano a una hipótesis cogida al vuelo, sino por ser la más destacada protagonista de nuestra evolución, una protagonista perenne y advertible siempre en sus manifestaciones, a veces cruentas (desde sus albores el hombre no ha cesado de matar), otras sólo aparentemente pacíficas y cívicas (por lo que sabemos del hombre histórico, nunca ha dejado de mentir).

La violencia no pertenece a la naturaleza del hombre, se instaló en nosotros desde que el australopitecino superó evolutivamente al simio y la agresividad innata fue quedando supeditada a la cultura técnica. Desde entonces la violencia es un denominador común en nuestra existencia, sin interrupción hasta ahora.

El ser humano es un ser territorial y social, y como distintivo de otros animales *está dotado para el ejercicio de la razón* (para Adam Smith "lo que nos hace hombres es el dinero, pues no existe otro animal que lo utilice", aunque siguiendo esa broma también podían hacernos hombres, por ejemplo, el cepillo de dientes, el disco compacto o el bolígrafo). En el pasado remoto los antecesores vivieron periódicamente en hábitats reducidos y constituyeron sociedades marcadamente endogámicas de grupo o clan; el homo histórico ocupa ya un territorio universal, muestra una gran diversidad y configura una sociedad supuestamente integral, pero solo supuestamente. Su violencia cursó de modo análogo: focal en sus principios, es hoy genérica, sin fronteras, casi cósmica.

El hombre es el único *animal cultural* del globo terráqueo, y durante su evolución reflejó tal condición en las conductas. La cultura es la obra del proceso consciente de la Humanidad, aprendida, recopilada y transmitida a lo largo de su transcurrir; es la herencia social del *homo*, su memoria colectiva y su correlato.

Cuando sus hechos no se recogieron, se perdieron para siempre, no son historia o biografía, de ahí que nada o muy poco sepamos de las culturas así desaparecidas. Desde los homínidos prehumanos y hasta nuestros días el hombre es el exponente único y paradigma de la auténtica violencia, la cultural.

La cultura evidenciable apareció hace unos 4,5-2,5 millones de años, cuando los primeros homínidos fabricaron lascas al golpear la piedra. El ancestro fue percibiendo que si los dientes y las uñas herían o mataban también lo hacían las ramas caídas de los árboles, los palos, los huesos secos, las cornamentas, los largos colmillos de los animales muertos y las piedras, y su encéfalo primitivo imitó y acopió conocimientos y experiencias. Impelido por una información acrecida y una existencia gravosa, al fin intuyó como encontrar los medios para que la pelea le fuera más favorable e inventó útiles de lucha y de caza (a fin de cuentas una forma de lucha), que compensaron paulatinamente su inferioridad. Fue al inventar el *australopitecinol habilis* rudimentarios útiles golpeadores, cortantes y punzantes trabajando piedras, cuando el antepasado, erguido ya, morfológicamente más semejante a nosotros y con un encéfalo de casi 500 c.c., emprendía la inicial, crucial, de sus singladuras culturales. Por aquellas épocas se desencadena y acelera la evolución hacia el hombre, con algunos hechos llamativos:

- 1) desde la producción técnica de las lascas *nuestra especie no ha dejado de fabricar y perfeccionar herramientas y armas*, cuyo empleo acompaña sin intermitencias su evolución.
- 2) las armas técnicas, vinculadas estrechamente a la lucha, el poder y la muerte, son símbolos y medios de la violencia cultural (como o son las utilizadas últimamente con la mayor eficacia destructiva: el lenguaje y las armas psicológicas). Su producción corre pareja con el llamado progreso; la investigación en las industrias armamentísticas aérea, acuática o terrena es un puntal básico del conocimiento moderno y de la violencia acompañante.

Los instintos del hombre, ligados a la herencia genética transmitida a lo largo de cientos de miles de años, residen principalmente en zonas límbicas e

hipotalámicas del cerebro antiguo o arcaicortéx, el que proviene sin apenas evolución del de los reptiles, y expresan con la *agresividad* una de sus reacciones más viejas. En esas estructuras casi empantanadas del SNC se producen las descargas involuntarias más primitivas, originadas por las necesidades (hambre, sed, etc.), la sexualidad o el temor (huida, pelea, defensa).

Si el hombre ha explicitado y asumido culturalmente unos *atributos* (con la dignidad como exponente troncular) y unos valores humanos o humanizantes (los derechos a la vida, a la libertad, a la igualdad, a la justicia, a la seguridad, a la intimidad, etc.), su lesión intencional (corporal, psíquica o social), con independencia de su grado e intensidad o del gradiente de las sustancias que contribuyan a ello, es irremisiblemente un acto violento. Cualquier forma de violencia lo es por sus componentes propios: la aceptación consciente (la «toma de conciencia») del hecho y el perjuicio que éste ocasiona; de modo que la *intencionalidad* del raciocinio (como proveedor de unos valores humanos a los que deberían oponerse la intencionalidad citada y sus efectos) o su anticipación, y el *daño* sobre aquellos atributos y valores, son los requisitos para definir la agresión como violencia, al ser esta distintivamente cultural. La violencia concierne a la Humanidad, y no se trata de un fenómeno ocasional sino de ejecución permanente, y no deja de ser violencia cualesquiera que sean los motivos con que se intenten justificar sus incidentes o el significado y legitimación intra o transculturales que quieran dársele.

En suma, *la violencia es la agresividad instintiva dirigida al daño y atizada por el raciocinio del hombre, y en su elaboración o aplicación es una conducta cultural irracional.*

La evolución del hombre está profusamente regada de sangre. Así ocurrió, y así ocurre en grado sumo.

Sin sospecharlo siquiera, al causar las lascas, y sobre todo la porra o el hacha tosca con las que mató, aquel *homínido faber*, creador y productor de industria lítica, irrumpía en la cultura de la violencia, que, diversificada y

perfeccionada con el paso de los años, acompañaría a sus descendientes hasta nuestros días; abría así el camino de lo que tras un largo recorrido por los tiempos sería un complejo universo, la *cultura*, asombrosa y antinómica en sus exteriorizaciones.

La violencia, la heroicidad y el asesinato son categorías de la Etología que desconocieron nuestros ancestros. Eran cazadores y presas a la vez, rivalizaban en la lucha y sus exigencias básicas de supervivencia, alimento, agua y territorio les imponían matar, sin ningún apriorismo moral o jurídico, en una actitud vital de pelea sin cuartel no sujeta a las denominaciones, los principios, las leyes o los acuerdos internacionales con los que el homo moderno se intenta proteger. Es comprensible, por lo tanto, que las principales motivaciones «lógicas» (¿por qué «prelógicas», como a veces se dice?) de su existencia se proyectaran en la fabricación de armas y en el aprendizaje de técnicas eficaces de violencia (el hombre “civilizado” mata por los mismos u otros motivos y no se le tilda de asesino porque practique la caza, abata a los animales o vegetales sistemáticamente -fines deportivo, alimenticio, industrial, etc.-, sacrifique a otros hombres en legítima defensa o lo haga en las guerras -fin político- o al aplicar la pena de muerte; de héroe, en muchos casos, sí).

Esa violencia que ayudó al ancestro a vencer las dificultades, le dio hegemonía y confianza en si mismo, y le motivó a conocer y colonizar sobre hábitats cada vez más extensos y variados. En su competencia vital el ancestro tuvo que alimentarse y protegerse para sobrevivir. *Saber dañar o matar* con eficacia a sus enemigos intra o extraespecíficos fue su principal poder. La tecnología de la madera, del hueso o lítica (*choppers* o guijarros, lascas, cuchillos, punzones, martillos, mazas o hachas de mano y después con mango, bifaces, martillos, lanzas, lanzaderas, flechas, el bumeran y otros instrumentos y armas que fue creando y perfeccionando), hicieron la pelea desigual entre iguales y hasta con los más fuertes, volcándola a su favor -más aún tras la consecución del lenguaje y la posesión y producción del fuego-, aliviando su vida todavía marcadamente salvaje, espoleando su cerebro y cincelandó su razón.

La creatividad lleva a la superación, de modo que la cultura técnica hizo evolucionar rápidamente al animal cada vez más humano, hoy aún en algún rellano del tramo vestibular de ese camino inacabado. Las manos multifacéticas fueron las extraordinarias mediadoras de la mayoría de sus actos creativos y el tamiz de su sensibilidad y sus relaciones. Llegados a nuestro tiempo, apilada en los legajos de su memoria la cultura es el dispositivo básico del hombre. Con ella, junto a una espiritualidad desemejante y sin fronteras imaginables, despliega toda su violencia, convencional, deplorable, virulenta y evocable hasta la saciedad.

Como el raciocinio de donde proviene, la creatividad se muestra dual, con una cara positiva y otra negativa. Decisiva en cada época, concentrada progresivamente en la fabricación de armas y artificios, dio paso también a la construcción de viviendas y, por último, al arte, mientras el hombre desarrollaba su pretérita inteligencia y pudo disponer del prodigioso lenguaje (especialmente de la escritura, cuya entrada en liza demarcó una inflexión de importancia mayúscula). En adelante, el hombre materializó las potencialidades de su anaquel creativo, las ideas sociales, políticas, artísticas, filosóficas, religiosas, científicas y técnicas. En pleno Neolítico, en pugna por el territorio, el agua, el grano, el ganado y la riqueza, organizó su más necia estrategia: **la guerra**, locura de dominio y amargura.

Nuestros precursores eran animales que, con la inteligencia humana y la creatividad naciente, se convirtieron en el animal que, con asiduidad, recondujo su agresividad innata a la violencia. Conduciéndose necesariamente en la caza y la lucha, el ancestro se especializó en las artes que causan la muerte. Es obvio que esta especialización resultó determinante, pues sin la violencia, técnica e instrumental sobre todo, nuestros predecesores no habrían evolucionado hasta lo que somos; con la violencia recogimos y manifestamos un hábito indisociable, y el que más prodigamos. A mi entender, cualquier análisis retrospectivo o actual de grupos humanos sin tener a la violencia en cuenta se desenvuelve en un excursus erróneo; por otra parte, la búsqueda de la violencia fuera del hombre cultural es un viaje epistemológico infructuoso que no vale la pena.

Así pues, constatando que los precursores fueron ininterrumpidamente violentos durante varios millones de años no habría de sorprendernos que los sucesores lo sigamos siendo. *Lo incomprensible es que el raciocinio no haya servido para desprendernos de nuestro comportamiento más indigno, sino para reiterarlo y ampliarlo hasta límites que, por su brutalidad o sutilidad, ya sobrepasan lo concebible.*

Abundando en la tesis principal, *si la violencia fue el motor primordial de nuestra evolución, para convertimos realmente en seres humanos tendremos que erradicarla de cuajo.* Resulta paradójico, pero no hay otra conducta para lograrlo.

* * * * *

Paleontólogos, antropólogos, etólogos, ecólogos, genetistas, biólogos, bioquímicos, físicos, geólogos, arqueólogos, etnólogos, matemáticos, astrónomos y otros especialistas en diversos aspectos sobre los orígenes del Universo y de la vida, de la evolución de las especies y de las civilizaciones, aportan diversos enfoques desde tales materias. Como las ciencias no son estancias impenetrables ni extemporáneas sino bienes a compartir de los que podemos valernos para informarnos o formarnos, la panorámica con que contemplo la evolución del hombre siguiendo sus huellas desde la prehistoria es solamente el soporte para el planteamiento principal, a saber, el recordatorio de la violencia que acompaña indefectiblemente a la evolución humana. Y tratándose de la violencia se desvanece toda osadía por mi parte; como cualquier hombre, convivo con ella, la conozco, la sufro (y tal vez la propicio, contra mi deseo) y puedo -debo, más bien, y así lo hago- sopesar las que estimo sus causas y consecuencias.

Se ha intentado relacionar el comportamiento violento o criminal: con la concentración de neurotransmisores en el cerebro (la disminución de los niveles de serotonina -que puede medirse en el líquido cefalorraquídeo a través de su

producto metabólico, el ácido 5HIAA- y la elevación de los de dopamina o de las catecolaminas, cortisol, vasopresina, noradrenalina o norepinefrina, ésta demostrable con las excreciones de sus residuos, la tiramina y la normetanefrina), o con la de determinadas sustancias del organismo (el descenso de la glucosa -hipoglucemia- y de progesterona en la fase premenstrual, y el aumento de testosterona); con el raro patrón cromosómico XYY; con un gen mutado y defectuoso del cromosoma X que codifica la enzima MAO A (monoaminooxidasa A), encargada de controlar los niveles celulares de los neurotransmisores citados; con la producción de la proteína alfa-CaMKII; o con la forma del cráneo (tesis de Lombroso) o de las orejas (tesis de Gradeningro), por hacer algunas citas, algunas de ellas con planteamientos absurdos. Con esta metodología se buscan seres específicamente violentos para clasificar sus signos, síntomas o estigmas definitorios, o el trastorno de algún gen y sus funciones, desconociéndose o estimando aparte que la raíz de la violencia está el medio ambiente cultural que constituye nuestra especie. De modo que, sin menoscabo de que el comportamiento individual violento sea un microcosmos nada desdeñable, por las razones ya expuestas lo que ocupa especialmente nuestra atención es el análisis de la violencia masiva, tramada por una parte de la Humanidad y con su beneplácito.

La violencia, dijimos, es conducta exclusiva del hombre, tiene su germen y caldo de cultivo propios (la cultura) y un cúmulo de nombres y apellidos. Si los léxicos y diccionarios de todas las lenguas están saturados de calificativos sobre el hombre violento, es porque tales hombres existimos; si hemos establecido moral y legalmente los derechos humanos, es porque los violentamos y precisamos; si las normas fijan faltas, delitos y sanciones, es porque faltamos o delinquimos y debemos pagar las penas; si proponemos principios éticos, es para proveernos contra la maldad irrefrenable. En consecuencia, no invento los sustantivos (pobreza, inedia, analfabetismo, dominio, abuso, mentira, odio, guerra, exterminio, conminación, chantaje, extrañamiento, delincuencia, corrupción, racismo, *ecobiocidio*, contaminación, etc.) ni los adjetivos (criminal, horrendo, detestable, abyecto, falaz, etc.), ni me propongo temerariamente enumerarlos, aunque estarían de más si nuestra conducta fuera auténticamente

racional. Pero nos hallamos muy lejos de ser un dechado de virtudes, a las que más bien hemos de buscar con lupa, laboriosamente, entre los rescoldos de la entronizada civilización.

Ya que inunda cualquier rincón y habla por sí sola, resultaría ocioso entrar en inoportunas disquisiciones semánticas o pedagógicas sobre la violencia. Consecuencia cultural de las relaciones entre los hombres y de éstos con la Biosfera, es una expresión intencionada de ejecución destructiva (daño psicofísico, muerte, exterminio) que no deja de serlo por lícitas que sean las motivaciones con que se intente justificar. Más que nunca, es hoy una conducta irracional contrariante de los atributos y valores superlativos que generosamente nos hemos asignado como exclusivos, a la que, porque hay todos los tipos de violencia que pensar podamos, hemos de considerar con letras mayúsculas.

La mundialización y hondura de la violencia saltan a la vista, con la contundente violencia ideológica a la cabeza. Para ponerlas de relieve huelgan las pesquisas minuciosas o los comentarios tremendistas. En el semillero de dislates que fluyen sin pausa hay botones de muestra de su exorbitante magnitud, que sacuden con insufrible desazón los sentidos aún receptivos al asombro y debieran provocar la máxima repulsa.

Se muestran aquí (demostrados ya lo están) algunos de los innumerables descomedimientos que perpetramos y toleramos, y para mayor abundamiento se remiten los pormenores a los registros especializados de filmotecas, bibliotecas y hemerotecas. Otra pretensión, además de innecesaria resultaría imposible de cumplir; innecesaria, en cuanto a la confirmación de los hechos violentos del hombre, pues se tienen en la vecindad o se difunden cada día por los medios de comunicación y son difícilmente superables por el ayer historiado o protohistórico; imposible, porque el listado numeral y nominativo de los desafueros nunca podrá ser inventariado con fidelidad y escapa en su desglose a este recordatorio grosso modo, que no a su intención crítica.

¿Por dónde empezar la crónica de los espantos?. ¿Por el ayer de los tomos silenciosos?. ¿Por algunos de los palpitantes ejemplos actuales?. ¿Por el exter-

minio de la vida humana y de las demás especies?. ¿Por el veto a las libertades civiles, políticas o sindicales, las represiones masivas, las emigraciones forzosas, las violaciones psicofísicas, el maltrato de la mujer y la infancia, los experimentos no consentidos en las personas, el racismo y la xenofobia, la degradación de la biodiversidad y la naturaleza ?. ¿Por las estúpidas guerras y conflictos (cito algunos solamente) mundiales o de Europa (ex-Yugoslavia, Moldavia, España, Ulster, Alemania, Irlanda, Ucrania, Chechenia), de Africa (Ruanda, Somalia, Sudán, Liberia, Sudáfrica, Angola, Burundi, Zaire, Sierra Leona, Argelia), de América (México, Ahití, Guatemala, Nicaragua, Perú, Brasil, Colombia), de Asia (Afganistán, India, Pakistán, Kurdistán, Israel, Palestina, Líbano, Turquía, Arabia Saudí, Irak, Yemen, Sri Lanka, Indochina, Corea, Vietnam, Camboya, Indonesia, Cachemira) o de Oceanía?. ¿Hablamos de los ejércitos oficiales descontrolados, de las organizaciones y los grupos violentos, de los asesinatos políticos, del terrorismo de Estado, de los golpes militares con miles de desaparecidos, de las ejecuciones extrajudiciales y de las coacciones y salvajadas; de los totalitarismos, fascismos, integristas, reaccionarismos, puritanismos o separatismos?. ¿Mentamos a los efebejes, cías, interpoles, scotlandyares u otras espesuras similares?. ¿Traemos a colación que los derechos humanos son frecuentemente agua de borrajas, por muchas vigas en ojo extraño que critiquemos o muchos giros de 360 grados que demos a nuestro cinismo supino y acrisolado?

Los ciudadanos corrientes viven más indefensos que ningún otro, bajo la amenaza y la inseguridad. Se encuentran tomando tranquilamente un refresco, degustando el almuerzo, paseando por la calle o cultivando la amistad, y las balas les saltan los sesos; van a la oficina, a la fábrica o a una manifestación cultural, y una explosión asesina los mutila o despedaza; entran en el supermercado, viajan en cualquier medio de transporte, hacen turismo, están en la escuela, en la universidad, en un campo de refugiados o en un éxodo brutal, oran en la basílica, llevan el velo tradicional o se lo quitan, y el amosal sódico o un tiro en la nuca los envía al otro mundo; creen gozar de salud y seguridad, y los proyectiles o los machetes los machaca y hace picadillo, o un estallido nuclear programado les muta los genes de un bocado radio- activo con futuro

cierto de malformaciones y cáncer. Los jefes de Estado no dan un paso que no sea en automóviles acorazados y protegidos por una nube de guardaespaldas; como los notorios o los millonarios, viven emparedados entre los pretorianos ojo avizor, expertos en apartar de un empujón y en golpear o disparar sin pensárselo un segundo. Las guerras se llevan por delante y a mansalva vidas e ilusiones; la paz, acordada por los negociadores con muchos cabos sueltos, que no siempre sentida, se mantiene a duras penas con tanques blindados y soldados, a veces foráneos, de gatillo nervioso y fáciles al desmán.

Dondequiera o como quiera que sea no hay escape de la insistente estupidez de la violencia. Todos somos candidatos al censo de las extralimitaciones y los fiambres, los mensajeros del amor y el bienestar, los que quieren disfrutarlos y los infelices que nunca llegan a saber qué significan. ¿Por dónde ir, en quién confiar, si seguir viviendo es una lotería administrada por la necesidad y el horror?. Muchos no consideramos a alguien un igual, sino una inversión o un colindante apropiable o poco grato al que consumir, desalojar o dar la puntilla. En el desbarajuste del hormiguero humano cada cual tira de su carro, los más a hombros desnudos y seno descubierto, y uno pocos, con el látigo en la mente y en las manos.

Los genocidios de este siglo y los anteriores próximos causaron decenas de millones de víctimas -indios, aborígenes, bosquimanos, negros, protestantes, cristianos, musulmanes, comunistas, gitanos, judíos y ciudadanos de todos los colores, credos y lugares-, pero desconocemos o tenemos poca información de la mayor parte y olvidamos o no reparamos en que la mayoría de las naciones, los poderes económicos o científicos, la política, las ideologías o las religiones tienen su cuota de culpa en ellos. En el quincuagésimo aniversario del lanzamiento de la primera bomba atómica en Hiroshima (arrojada el 6. 8. 1945 desde el cazabombarderos *Eola Gay*, y causante de 86.000 muertos, 155.000 heridos y miles de personas con horribles secuelas de la radioactividad, y con una isla casi destruida), ante las coronas de flores que recordaron la brutal devastación, y por doquier, se repitió el ¡nunca más!, pero el horror no cesó, lo seguimos infligiendo a sabiendas, es una endemia cultural sistemáticamente

agravada. Las entonaciones de desagravio por los crímenes y connivencias cometidos en el pasado son otros ejemplos de ello, sin que tales conductas se extirpen de una vez por todas.

HECHOS SUELTOS

Para adentrarnos en la realidad violenta, del denso desfile de tropelías, cercanas y alejadas, será suficiente con señalar algunos trazos.

Los teletipos, entrevistas, boletines y reportajes se suceden monótonos una jornada tras otra por las autopistas de la información, tan fríos como el espectador, oyente o lector que desayunan, almuerzan, cenan o se relajan mientras los reciben.

Películas, vídeos y fotografías despuntan con policromía guerras encarnizadas, duraderas y reiterativas; la cruzada del dolor irreparable e itinerante; los métodos para el desquite y el linchamiento, para latigar, empalar, degollar y ametrallar al hombre o para destruir animales y plantas, tierras, ríos y mares; la insidia y el cinismo groseros; la moralina, la insensatez y la falsedad petulantés; la verdad, la igualdad, la libertad y la justicia cerdeadas por quienes alardean de cultivarlas; el pisoteo de los derechos de multitudes por la prevalencia, la envidia y los humores malsanos de otros; el boicoteo de las capacidades intelectuales; el escarnecimiento de mujeres, hombres y niños; los holocaustos étnicos o religiosos y las villanías si freno.

Las imágenes del televisor hablan por sí solas.

Artefactos bélicos destruyen hogares, hospitales, orfanatos, aldeas y ciudades, y masacran a comunidades enteras. Campos de aniquilamiento muestran la insensibilidad humana en los cuerpos fumigados y apergaminados. Millones de refugiados sin pertenencia alguna sufren hacinamiento y privaciones de todo tipo. Infinidad de escuálidos abotagados por el hambre, la sed y los

males, de vientre hinchado y piel pustulosa cubierta de insectos, están a punto de morir en algún lugar del mundo, al lado de otros que ya se han muerto.

Mujeres, a veces chiquillas, son violadas en la paz y en la guerra. Soldados o civiles quiebran a culatazos las piernas y la espalda de un enemigo; otros disparan a quemarropa al rostro de un maniatado o acribillan a quienes tienen por delito gritar el disentiimiento a todos los vientos y peligros. Asesinos oficiales abandonan la cárcel al amparo de jueces abstrusos y complacientes. Terroristas siembran descampados, calles, almacenes, viviendas, clínicas y capillas con cadáveres destrozados de inocentes. Criminales torvos allanan o incendian viviendas humildes y cubren el suelo con sangre.

Jóvenes, trabajadores y fuerzas del orden se enfrentan por motivos cívicos y prosaicos, con lesionados y muertos de cualquier bando. Los tanques aplastan a estudiantes que piden un régimen en democracia. Madres desesperadas reclaman públicamente los hijos «desaparecidos» por la intolerancia. Miles de manifestantes exigen la liberación de personas secuestradas y el fin de la violencia.

Entre tamaña malevolencia se ofrecen rostros patéticos, la faz sollozante del abatimiento, el rictus de estupefacción, el dolor agotado, el cuerpo y el espíritu macerados por el desamor. Son niños, adolescentes y adultos anónimos, de mirada dormida y sin lágrimas que llorar, que han soportado todos los suplicios, que no creen en nada ni esperan nada, sino huir quién sabe adónde, sufrir más o perecer pronto.

En Sudán, con los codos sobre el suelo, desfalleciendo en solitario, la niña esquelética resistió a duras penas, de bruces contra el polvo al que retornaría sin remedio, acusándonos como un dardo mientras el buitre esperaba a pocos pasos para perforar sus tegumentos; los demás buitres la llevamos hasta allí, nadie la siguió, arrimó o inhumó. Fue otra efigie del dolor -una de tantas petrificadas en nuestras retinas presbícicas-, como la de la mujer serbia llorando y acariciando la calavera de un familiar asesinado, como la de los heridos y destrozados por los coches/paquetes/muñecas/bombas, mientras un guerrillero sostenía en alto la cabeza de un decapitado o la pateaba jugando al fútbol.

La radio retransmitirá las transgresiones con descripciones prolijas, y los periódicos completarán la parrilla de noticias sobre sucesos ya casi viejos desde la víspera. Muertos y heridos, de cualquier edad, sexo, color o raza, paisanos o militares, todos ellos personas, en todo el mundo, son víctimas por enésima vez del dominio sofocante y la sinrazón de otros hombres, quienesquiera que sean y dondequiera que actúen. Son víctimas del necio fracaso de la Humanidad a la que se supone pertenecen, del desmoronamiento ético y civil del ser letal erigido en superior que cuando conviene se proclama sibilina- mente su hermano.

De nada sirve el zapeo, desconectar el transmisor, apartar la vista, plegar el periódico o la revista o arrojarlos a la papelera, las acciones violentas se renuevan a bocanadas. Los resultados de tales desmesuras son el dolor individual y social, el ostracismo y la tragedia de millones de personas sin horizonte, hastiadas las más de las veces de tanto morir sin haber vivido, saturadas con tanta prosopopeya, afligidas por tanta inquina mientras aún respiran en su mundo desgarrado.

Hasta aquí, una ínfima y condensada referencia de la violencia cognoscible contra el hombre y la Naturaleza. Hay otra subliminal, afilada, secante, impávida, más o menos cubierta por el celofán de la legalidad enrevesada y los sociogramas capciosos, y tantas veces predominante desde los recodos y las alegorías de las buenas formas.

La abyección humana está en el candelero de esta civilización del ojo y del oído cada vez más miope y más sorda. Pero no es primicia, y se sucede con la mayor naturalidad, en una alineación nauseabunda con la estolidez y frecuentemente con la más obscena aceptación, sin prurito de remordimiento.

Detrás de la ventana, escurriendo el bulto, sin un rasguño de pundonor tomábamos tranquilamente el té o el capuchino templado con pastas, y retocábamos algún eslogan multiuso o la siguiente marranada.

La violencia es fácil, y sus variantes, la simulación y el baldón, también; tienen los mismos ángulos, sinuosidades, criptas, paraguas, costuras y exclusas.

Violencia es manipular y menguar al hombre, que la sandez recrecida y tiznada con cualquier ropaje encajone y desguace a la inteligencia, que la fuerza horrisóna o farisaica atente contra la convivencia y la vida, o que convirtamos la Tierra en un tanatorio inexpresable.

¿NO PASA NADA?

Tal parece que la violencia es lo normal, cosa de hoy y de siempre, nada excepcional. En esos empachos y lugares comunes estamos, asfaltando gigantes-cos baches morales, mientras, trampeando y fingiendo -muchos sermones y onomatopeyas pero a mí no me toques, yo en mi casa y tú donde puedas, si es que puedes-, vamos tirando de esta penosa y dilacerada Humanidad.

Nos zafaremos con emplastos mórbidos, rezongaremos que la vida es así -algunos completamente convencidos, otros, siguiendo la tragicomedia o extraviados inconscientemente en ella-, y para cuantificar nuestra orlada estupidez retacaremos frases que helarían el corazón más silvestre si fuéramos realmente humanos: «se calcula que mueren 35 millones de personas de hambre al año, unas 100.000 al día», «el número de enfermos por falta de agua potable es enorme, con una mortandad anual de 25 millones de personas», «muere un niño desasistido casi cada 2 segundos, 12 millones al año», «hay alrededor de 980 millones de analfabetos y 120 millones de personas con enseñanza deficiente», «son aproximadamente 1.100 los millones de pobres, cada uno con menos de 115 pesetas de renta al día, y de ellos, 630 millones viven en la pobreza extrema», «hay unos 120 millones de parados y 700 millones de subempleados, de los que unos 300 millones no tienen cobertura social», «siempre hubo pobres y ricos», u otras igual de trágicas e imprecisas sobre desgraciados, emigrantes y represaliados de todo tipo.

¿Que aprendimos del genocidio de una tercera parte de la población armenia, del aniquilamiento con gas mostaza de 6.000 kurdos por los iraquíes, de los 56 millones de muertos y 32 millones de heridos en la II Guerra Mundial, de las

purgas por el régimen soviético estalinista de 60 millones de personas (entre ellas, 200.000 religiosos) y 13 millones de exiliados, de las masacres del nazismo (con el exterminio de unos 10 millones de judíos, 1,2 millones de gitanos y de otros 7 millones de personas, entre prisioneros de guerra rusos y trabajadores forzados), de los 30.000 «desaparecidos políticos» en Argentina tras el golpe militar de 1976, del millón de muertos en Sudán desde el comienzo de la guerra civil hace 19 años, de los 30.000 muertos en la guerra de Chechenia desde diciembre de 1994 o de tantos y tantos a los que la estupidez guerrera les llevó la vida o dejó marcados para siempre en todos los continentes de la Tierra, incluido su país y el mío? A todo más, a pedir disculpas inútiles, como la Iglesia francesa (noviembre de 1997) por el apoyo prestado al régimen nazi en la muerte de 70.000 judíos.

¿Caeremos en la puntualización sarcástica de si son exactamente tantos miles o millones los heridos y muertos en la guerra de cuando o dónde sea, etc.?

¿Qué decir de los 130.000 muertos anuales y más de 250.000 heridos por las explosiones de parte de los casi 100 millones de minas antipersonal (armas ligeras) que hay enterradas en el mundo (3 millones lo están en Bosnia, y se calcula que no podrán ser desactivadas hasta el año 2.030)? ¿Fabricarlas, como se dijo, de modo que puedan detectarse fácilmente y con menor riesgo? ¿Servirá de algo el acuerdo de Oslo (18. 9. 97) en que 100 países (EE.UU. se opuso) acordaron prohibir su fabricación? ¿O será más efectivo el show amañado para la desafortunada Lady Di?

¿Permaneceremos indiferentes cuando 1 de cada 6 mujeres es violada a lo largo de su vida, si en los países industrializados lo son anualmente 5 de cada 10.000 mujeres o si en la guerra de la ex-Yugoslavia lo fueron 50.000?. ¿Nos preocupan cuántas violaciones ocurren donde no se elaboran estadísticas, o las que no se denuncian por temor o por vergüenza?

¿Seguiremos pasando rápidamente sobre las torturas en las prisiones de numerosos países?

¿Olvidaremos los experimentos de Mengele tienen imitadores en los campos de concentración actuales? (entre los años 1940 y 1973, promovidos por sus gobiernos, en diversas instituciones estadounidenses se realizaron experimentos con materiales radioactivos; varios cientos de personas -mujeres embarazadas, niños con deficiencias mentales, presos, pacientes, esquimales e indios- fueron inyectados con yodo o hierro radioactivos o radiados parcial o completamente con uranio, circonio y plutonio; a la vista del informe de un comité presidencial sobre 9 casos verificados, el 3. 10. 95 Clinton pidió perdón a sus familiares y ordenó el pago de indemnizaciones económicas). Es un ejemplo de lo mucho que se oculta. En Suecia se han disculpado por las castraciones a deficientes; en Francia, el episcopado lo ha hecho (1.10.97) por el apoyo al gobierno pronazi de Vichy, con la muerte de 70.000 judíos.

¿Podemos sin más aventar las páginas de otro siglo negro, acaso el peor?.
¿Basta, cuando se hace, con pagar el dolor ajeno y aparentar condolernos ante los hechos consumados?.

No son más que granos del arenal desbordante de la violencia. Y, pase lo que pase, no pasa nada, tampoco es para tanto, aseguran los rucios.

Olvidemos momentáneamente la exactitud o el tanteo de las cifras. Lo que importa es dejar patente la *antropofagia de la violencia*, no la discusión peregrina sobre si las personas finadas, malheridas o violentadas por nuestra culpa son un millón arriba o abajo, veinte millones o media docena, o si los daños ocurren en la campiña, el pueblecito o la ciudad, porque *una sola de las víctimas* habría de torturarnos el alma sin descanso. Y no lo consigue, pues el hombre es su propio maleficio desde el destete.

¿Qué es el **progreso**, si puede saberse de una vez, sin malabarismos o patrocinios? ¿Se queda sólo en el arte y las ciencias, en la democracia incompleta y sobrevolada, en los derechos humanos tantas veces peyorativos e incumplidos y en el bienestar de algunos, o incluye también la defección de gran parte de la Humanidad, el apremio y el confinamiento de las mayorías en la miseria y la

destrucción de la vida en la Tierra?. El sinfín de interfectos o tullidos por el fracaso de la Humanidad, ¿volverán a vivir, les desaparecerá el impedimento?. ¿Qué se fue de las mentes apabulladas o fulminadas?. ¿Qué será de los renqueantes y vaciados por tanta animosidad? A los que sucumbirán o quedarán baldados por el desabrimiento, el encanallamiento de otros ¿de qué les sirve el tan ponderado progreso?. ¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva sin levantar acta moral ni emprender corrección alguna?

¿Entra este desplome del hombre en el progreso del que nos jactamos con cazurra lenidad o naif idealismo?. Y, en última instancia, ¿quién ha progresado?. Antes de formular cualquier desacuerdo hay que elucidar qué remediamos con nuestras sentencias de vaselina, los gestos compungidos y las actitudes papanatas de buena conciencia por tanto cómo, al parecer, avanzó la propecta Humanidad. Salgan del escondite quienes pontifican que somos como somos, que aquí mandan los que mandan y que la *Ajenidad* elegíaca bastante tiene con su achicada suerte, su sangría, su balaustrada y su alcantarilla. ¿Les diremos ¡alto! de una vez por todas?. ¿Haremos frente resueltamente a lo que «no se puede tolerar» o «se tiene que acabar», y se tolera siempre y no acaba nunca?.

DISCURSOS Y PRETEXTOS

Ya no valen más engaños, aunque sigan los discurseos. El juego de las monsergas tocó fondo hace mucho, el doctor Jekyll y mister Heyde somos la misma cosa, lo sabemos ya, sin cáscaras ni esquizofrenias; el blanco y negro de cineclub a todo pasto nos llevaron los llantos párvulos, empotrándonos a dosis de ricino moral en el circo paroxístico y sin hojas de parra de los hombres; los kuntaskinte, auschwitzes, treblincas, buchenwaldes, anasfrank, nagasakis y otros etcéteras nos sajaron a coletazos intempestivos la inocencia impúber y rasgaron sin cautela las notas doctrinarias de libreta y mapamundi del maestro de escuela desaliñado y temperante; africanos y asiáticos, la vieja sabana y el Creciente Fértil de los orígenes y civilizaciones primeras ¡que casualidad!, y tantos otros allegados del furgón de cola, la escupidera y el sótano mundiales, en todos los

continentes, pagaron a tocateja, más dilatadamente que nadie, el ticket de la vergüenza animal que desconocíamos tener dentro como una lamprea.

Hagamos un intento de humanismo y madurez por afrontar una realidad en la que la impudicia y la altisonancia son moneda corriente de cambio. Cuando menos, aguantemos el tipo ante el espejo que solemos rehuir con la juega acostumbrada de guiños y parábolas.

De vez en cuando -place a menudo y premia siempre-, aparentamos expiar ofensas y dirimir la estima que nos quede con un acto interino de contrición o un donativo efectista y contemporizador, minucias hábilmente cacareadas.

Dominantes, banqueros, religiosos, políticos, politólogos, columnistas, filósofos, científicos, gramáticos, sindicalistas, escritores, artistas y tantos otras conspicuos y celebridades de la pléyade y el engranaje, retomarán a discreción la defensa de la dignidad o los valores del hombre y hasta el escarceo ecologista, las más de las veces como un compromiso virtual o una delicia intelectual. Cultivado verbo, ardiente pluma, todo brotará atinente, bienintencionado y sin azoramiento, en una parodia impecable de la palabra domesticada, revenida y barata.

Se llevarán a cabo docenas de reuniones, inauguraciones, convenciones certámenes, debates, comparencias, mesas redondas, ponencias o simposios. Con los clichés de una jerga redicha y los modales afectados sacaremos a relucir el muestrario archiconocido de credos y formalidades, hablaremos vaporosamente de los derechos maltrechos, del adónde vamos a parar, de lo que no se puede admitir y de que hay que hacer algo sin demora.

De nuevo desempolvaremos el repertorio de los valores que pretendemos humanos y aparecerán diáfanos y radiantes en cualquier cita, libelo, panfleto o reprimenda; nos zambulliremos en ellos, nos maquillaremos profusamente con ellos y nuestra conciencia enana, carriada y laxa quedará apaciguada con el señuelo, si no lo estaba ya. Desentumeceremos algunos corazones paralíticos

por unos instantes, y las buenas intenciones manarán de las bocas locuaces como ríos sin mar. El lenguaje se desparramará para condenar tanta perfidia y será una vez más sedimento inútil, vacuidad, compasión de saldo, polen fragante, aparente, que nunca florece, o el eco abrumado, sincero y sin respuesta de unos pocos tenidos por revoltosos, contestatarios improductivos, inadaptados fervientes, rojos rematados, ingenuos luchadores o buenos troncos por los ilesos entrenados en la mordida, la mascarada y el revolcón.

Se convocarán cumbres y se firmarán acuerdos o planes, difundidos después a bombo y platillo por las ondas y las linotipias a la esquina más perdida, que apenas serán cumplidos en sus términos o que nunca solucionan nuestros yerros e inmundicias psicológicas ni el desvalimiento palmario de los extrañados.

Se hablará de pacto social, economía abierta, mercado de valores, monetarismo, desarrollo sostenido, reforma fiscal, deuda exterior, desregulación, real politik, depreciación, realineamiento, desbloqueo, parámetros uptodate, ocaso de las revoluciones, reinserción, situación exponencial, mesa de negociación, desaceleración, dumping, depresión, principios rectores, crisis espiritual, rearme moral, in y output, déficit democrático, calendario de objetivos, acción internacional contra la xenofobia políticas de privatizaciones, amortización de lo que sea, potencialidad horizontal, delito ecológico, guerra fría, concordatos, sufragio universal, reanudación de conversaciones, desfonde ideológico, diálogo bilateral, estado providencia, coexistencia pacífica, separación de poderes, pacto antiterrorista, control de armamentos, globalización y otras guisas inaplicables o resbaladizas, entrelazadas y endosadas muy a menudo con eslóganes, encajes de bolillos y maniobras de distracción.

Se celebrará un mitin o una manifestación de coyuntura y se consagrará un día al año, bianual o bienal a meditar exigiendo dignidad, paz y bienestar universales en un mundo hacedero, franqueable, equitativo y sin catacumbas, cilicios, trincheras ni contiendas.

Participaremos muchos, quienes se avergüenzan del hombre o lo simulan y quienes lo encomian sin ambages, algunos sin saber a ciencia cierta por qué

están allí, y no pocos sumándose endomingados a la convocatoria como en un paseo festivo o un devaneo. En esta promiscuidad de pegatinas en la solapa, indumentarias y conciencias se expresarán los defraudados de la infamia humana, se justificarán los entusiasmados de la superioridad del hombre y de su cultura, y merodeará con discreto regocijo la omnipresente calina de pícaros y partidarios de díptico y seminario de verano, algunos de ellos prendados de su inteligencia de lince engañabobos.

Volveremos a nuestros senderos y lares, los solidarios tenidos por cándidos, los travestidos torticeros, los doctrinarios gregales y los gladiadores en ciernes con sus pancartas deshilachadas. Unos, a sufrir su rabia por el dolor ni siquiera abreviado, por el desencuentro con la dignidad enarbolada. Otros, la Humanidad dominante y enviciada que entiende la aflicción ajena como un simple negocio, a seguir encasillados en su voracidad latifundista y envilecidos aún más con su ostentosa *mea culpa* y su ramplona preocupación. Todos retornaremos una vez más. Cada cual rumiando de qué camada somos, lo que damos de nosotros mismos y qué negamos cuando el quejido concluye o las caretas se retiran del rostro y del alma.

En las Asambleas deliberativas las respuestas a los oradores están preparadas de antemano, sin apenas apreciar el valor de sus propuestas. Iniciativas, recitaciones, reconsideraciones, rectificaciones, innovaciones, causas de gran calado, causas perdidas, causas sin causa, la noria del erre que erre, el sopor.

Lo que se dice paz, justicia, ayuda y cooperación son entusiasmos de segunda mano, que alguno farfullará cuando el auditorio lo transforme en pavo real o le monten tiendas de campaña y manifestaciones por los jardines y avenidas. «LLevamos razón, y de ahí no nos mueve nadie» (el pueblo -tal vez exista de verdad- lo hará, si despierta de su dejadez y desempeña su función higiénica y laxante).

La ruleta del hemiciclo es, palpablemente, la de la calle. De chiste o consultorio psicológico. Los impuestos dan para casi todo, incluido el estupor.

En la sala de prensa (exactamente, en los pasillos abarrotados), chismes y confidencias, dimes y diretes (poco *panem*, mucho *circensis*), adhesiones intransitivas, abrazos del oso, el bolígrafo a toda mecha y las cebolletas de los micrófonos pegados al cuello de la víctima o a la sonrisa del verdugo; de las leyes y presupuestos, vaga idea, cuesta mucho leerlos y más, entenderlos, venden poco.

Las cubas de basura y las tintorerías, a tope, casi no cabemos. El detector de mentiras pide clemencia y descanso. El pulgar hacia la esperanza hace autostop por nuestro archipiélago convulso; en el mejor de los casos, son pocos los que se paran y le hacen sitio y camino. La libertad sofoca y atribula, es el pajarillo que la mano ahoga al apretar y se escapa al aflojarla demasiado.

Al tiempo del discurso y de la traca, la mayoría de los atónitos habrán muerto; o seguirán en su lasitud sin solución de continuidad, a la espera incierta de las pedreas samaritanas o las limosnas del canibalismo caritativo y la pantomima rimbombante, dando tumbos, cautivos, sin saber pescar (sin trabajo en tierra, sin jarcias ni mares con peces/salario que obtener), sin más paz que la del acorralamiento ni otra cubierta que no sean las estrellas o los retazos de lona, latón y pretensado, ayunos y solos en su aglomeración de pavesas humanas sacudida malamente por el desamparo, la granjería, la taimería y la camorra.

¿Qué otra cosa se puede hacer?. ¿Lanzar andanadas de palinodia que muy pocos se tragan, por el morrocotudo tronchamiento de los jeringados?. ¿Encender un cirio, orar, hacer oblaciones, jaculatorias o rogativas?. Zahorra, chispeos, puro liftin. Simplemente porque no queremos hacerlo, porque no nos da la gana a quienes más podríamos hacerlo, los de las arcas caudinas, los acaudalados a buen recaudo, los dados a dejar y divulgar propinas de vanagloria y a lavarnos las manos con menudencias y soflamas en el río revuelto de la compunción y la rebanada, la Humanidad que nos llamamos sin serlo.

La Tierra de los hombres es un iceberg ciclópeo de estupidez y espanto. Suerte a los sollozantes, cenicientas, hadas buenas y pepitosgrillo -y al azahar

y la azucena casi en coma- en la desigual contienda con la jauría que decide su miseria y la piqueta del gulag.

ESQUEMAS SOCIALES DE AYER Y HOY

La cultura rudimentaria de los ancestros reforzó la organización social propia de los primates, sustentada en la *autoridad* de unos pocos y la *mansedumbre* del resto, determinadas por la cobertura de las necesidades urgentes (obtención de la comida y agua) y el aseguramiento de la protección (mantenimiento y unión en los grupos, distribución de víveres, producción de armas, defensa del hábitat abierto y de la cueva ocasional, y más tarde de la vivienda, el poblado y el territorio ocupado).

Los cazadores-recolectores tuvieron escasos avíos y de poca monta, no almacenaban posesiones en abundancia ni tenían medios para transportarlas, y dificultarían su movilidad nómada, ya enlentecida adicionalmente por los niños o las embarazadas avanzadas (el infanticidio que practicaba frecuentemente obedecería, entre otras causas, a un control de la población del clan). No estaban acostumbrados al depósito de grandes excedentes de provisiones, a las transacciones, a la vida en grandes contingentes humanos ni a sus conflictos, circunstancias de las que podía esperarse, como ocurrió más tarde, que alumbraran más violencia.

En efecto, cuando fueron copiosos los bienes y alimentos vegetales y animales de los agricultores (y ganaderos) dependientes de la tierra, cuando el homo se estableció en asentamientos fijos y surgieron las grandes civilizaciones con sus ciudades, Estados o Imperios, cuando las haciendas y la fuerza de los dominantes llegaron a ser importantes y hubo un aumento demográfico considerable, en definitiva cuando la riqueza favoreció a unos pocos y abandonaba o sometía a las mayorías, se produjo un deslizamiento hacia la violencia desquiciada, con el armazón reticular de tiranía y vasallaje que jamás se atenuaría.

Miles de años más tarde, T. Robert Malthus (1766-1834) teorizó sobre esas evidencias: las confrontaciones de los hombres tienen un trasfondo de intereses económicos contrapuestos, en particular ante colapsos vitales dados en que la crispación y la violencia se disparan como consecuencia del crecimiento de la población sin una correspondencia de alimentos disponibles; la población aumenta con mayor rapidez que los alimentos producidos y procede realizar el control demográfico (en los países pobres y con escasísimos recursos alimenticios la natalidad es mucho mayor que en los desarrollados y ricos). Es matizadamente cierto, puesto que se han ido añadiendo otros motivos para el zafarrancho y las refriegas; los sentimientos de autoestima, dignidad, libertad y democracia y las normas universales que los establecen, son algunos de ellos. En cualquier caso, *desde los orígenes del hombre la violencia va precedida de violencia o la desencadena.*

En las revoluciones sociales cristalizan dos tipos encontrados de violencia, la de los oprimidos y la de los poderosos, acarreado ambas su peculiar marchamo social e ideológico; el de los primeros, marcado por la pobreza, la necesidad y la flaqueza, y el de los otros, por la riqueza, la codicia y el dominio *pro domo sua.*

La lucha entre clases surgió con el hombre sedentario a causa de la concentración económica, la masificación y diferenciación social, la hambruna, la movilidad zonal, la cercanía (hasta la colisión) de los individuos masificados y los abusos del poder cicatero e impositivo. Recordemos que viene de muy atrás. Durante la VI dinastía egipcia (primera mitad del II milenio a. de C.), coincidiendo con la invasión de los amorritas sirios, la tensa situación social condujo a un levantamiento popular en las ciudades, acaso la *primera revolución social* historiada, que acabó con los nobles y acomodados o les obligó a huir, y con las monarquías. En Mesopotamia, hacia el año 2.600 a. de C. los conflictos entre el pueblo y la burguesía favorecida llevaron al rey de Lagas a anular los privilegios, reconociendo temporal y teóricamente a todos los ciudadanos iguales en derechos. En México, 500 años a. de C. se produjo un descontento popular en Teotihuacán, el primer Estado Imperial del Nuevo Mundo, ciudad que 750

años d. de C. volvió a sufrir las revueltas y fue saqueada, incendiada y abandonada; y 400 años a. de C., las agitaciones y sublevaciones de los plebeyos, que se negaban a pagar tributos y servir de mano de obra, contribuyeron a poner en marcha la decadencia de la civilización olmeca.

En resumen, la violencia está también estrechamente relacionada con las circunstancias sociológicas y territoriales de nuestra especie. Los pequeños grupos prehistóricos peleaban por la supervivencia en hábitat en general poco espaciosos, y su vida se centraba especialmente en buscar el alimento y defender al grupo de los animales y de sus congéneres (*lucha de clanes*); las grandes poblaciones históricas viven en territorios vastos, nacionales o supranacionales, miden sus intereses (*lucha de clases*) a causa de la concentración y abuso del poder, de la valoración del trabajo (explotación laboral, paro, inestabilidad), del logro y mantenimiento de las conquistas sociales y de la aspiración a los ingredientes del Estado de bienestar (respeto de los derechos humanos, libertades políticas, sindicales, de expresión etc., distribución de la riqueza, igualdad, justicia, empleo, educación, salud, entre otras). Para los dominantes se trata de conservar y ampliar su hegemonía; para las muchedumbres maltratadas, de ganar el poder en todas sus vertientes, con miras de hacerlo más justo y desconcentrado y acabar con la disimilitud social. Las luchas de clases lo son ahora entre dirigentes de clanes de dominio (la *Factidad*) y masas de proletarios y desheredados (obreros, trabajadores, parados, marginados, perseguidos, pobres, incultos, la *Ajenidad*), aunque en la práctica, una vez conseguido el poder por los débiles, acabe en ocasiones convirtiendo a quienes fueran sus reivindicadores en grupos formalizados con mayor o menor poder/dominio.

Pese a los evidentes cambios sociales ocurridos, la cultura de la violencia calca los viejos e inconfundibles cimientos, hoy estigmas de la civilización: la *cultura del dominio y la fuerza*, y la *cultura del acatamiento y la servidumbre*. La Humanidad es heredera de su pasado, todas sus conductas tienen estos posos comunes, exagerados a partir del Neolítico, sin que las distintas razas, etnias o civilizaciones muestren diferencias de fondo. La competencia existencial, la inseguridad, el miedo y la violencia son sus compañeras seculares; la ambición

y la prevalencia de unos pocos y los pozos de docilidad y languidez con conatos de rebeldía de grandes mayorías devaluadas y exprimidas, configuran esa bipolaridad conductal en el Desorden mundial permanente. Los hombres siguen saliendo de su entorno por las mismas causas, unos, para satisfacer sus necesidades imperiosas, otros para extender su poder.

Tan descabellada es la Humanidad que tolera dominio y lacayaje, desinterés y denuncia, vivir al filo de la desazón o a lomos del becerro de oro, y, como sus despojos, a los prolíficos, menesterosos, censurados, inofensivos y desarmados culturales. E inmensa es la democracia -aunque insuficientemente estructurada y engarzada para los tiempos que corren y las convulsiones que arrecian-, que lleva en sus entrañas a quienes no creen en ella ni la merecen, camuflados en su barroca compostura o en la acrobacia y el secretismo por cuyas gateras endiñan sus intenciones inconfesables y catastróficas

GUERRAS Y CONFLICTOS

- 1) Sin que gran parte de la Humanidad conozca realmente el número de guerras y conflictos actuales (quién lo sabe, varía de la noche a la mañana) ni el de sus víctimas, asistimos a limpiezas étnicas y holocaustos, tolerados o no impedidos. La guerra es la confabulación de la estupidez para perder (¿dicen ganar?) la paz, desvirtuando y haciendo pedazos sus credos. Como el valor de la persona es nulo, para dilucidar las controversias es más práctico sustituir el diálogo pacífico por el baño de sangre, y aquí supuestamente no pasa nada, si te vi no me acuerdo, carpetazo y a otra cosa. Después, en las guerras entre países, los jefes sellan el armisticio, se estrechan las manos y sonríen abiertamente, como si no hubiera peso alguno sobre sus conciencias; en las civiles se termina con el perdedor. Las muestras internacionales de condena no van más allá de la flagelación verbal obligada. Y abriremos la página en la próxima ocasión, hoy mismo y en cualquier lugar del mundo, para continuar matando y escarneciendo.

La cizaña del hombre llena un boletín rutinario.

Los muertos o dañados se expresan en números redondos, en aproximadamente, alrededor de, unas, más de, como si tal cosa. ¿Quién lo sabe a ciencia cierta? En todo caso, las que se concretan y las que se ignoran o se callan son cifras espantosas.

En los siglos IX y XX sumaron 355 las guerras, golpes de Estado, guerrillas y represiones de todo tipo. Hasta hace un rato, hay 56 guerras, entendidas como tales, y superan las 100 contando otras variables guerrilleras.

La 1ª Guerra Mundial (1914-1918) causó 9 millones de muertos y desaparecidos, y 6,5 millones de inválidos. En el genocidio armenio de principios de siglo (1915-20) fue asesinada una cuarta parte de la población. En la Guerra civil española (1936-1939) murieron 5 millones de personas. La 2ª Guerra Mundial (1939-1945) produjo 56 millones de muertos y 32 millones de heridos. Tan sólo en los campos de concentración y los crematorios, el nazismo acabó con 10 millones de judíos y 3 millones de prisioneros de guerra rusos.

En las más de 100 guerras o conflictos de la segunda mitad del siglo pasado murieron unos 20 millones de personas y resultaron heridas unos 60 millones, 1/5 parte militares y 5/6 partes, civiles.

En los cerca de 40 conflictos bélicos que sacudieron Africa en el siglo XX, han muerto más de 10 millones de personas.

Durante la Guerra del Golfo Pérsico (1990-1991), arrebuados en nuestros confortables domicilios, nos hemos aprestado a saber hasta lo más nimio sobre misiles, tanques, aviones invisibles, fragatas, portaaviones, helicópteros, cañones o morteros, y sobre las modernas tácticas y estrategias bélicas con sus maravillas tecnológicas. Nos enteramos por la televisión, puntualmente, cada mañana, cada medio día, al atardecer, por la noche y de madrugada, de cuantas toneladas de bombas fueron arrojadas aquí y allá, cuantas piezas de artillería se

destruyeron, cómo se detectaban en la noche los objetivos a atacar, y tantas otras perlas y lindezas. En un alarde mediático, fuimos ilustrados hasta la saciedad por los telediarios, la radio y la prensa; pero faltó un pequeño detalle: no sabemos cuántas personas han muerto, entre soldados y población civil; cientos o miles arriba o abajo no parece ser cuestión de mayor calado; se asegura que han sido unos 200.000, que más da, y 5 americanos.

¿Y que decir de la guerra en la antigua Yugoslavia, ejemplo donde los haya de la hipocresía de los gobernantes vecinos o lejanos, de las instituciones internacionales y de las iglesias y confesiones, espectadores cínicos (y cómplices muchas veces) de la masacre y la apatriación, enfundados con el retorcido y ecléctico profiláctico de las normas internacionales y las vaguedades políticas y religiosas?

En ésta locura del siglo pasado, ¿cuantos millones de muertos, heridos, enfermos psíquicos o desplazados causaron las guerras ruso-japonesas (1904-1905), civil rusa (1918-1921), chino-japonesa (1927-1945), civil china (1945-1949), arabe-israelí (1945-1949), de descolonización de Indochina (1946 a 1954), de Corea (1950-1953), arabe-israelíes (1956 y 1967-1974), del Vietnam (1960 a 1975), de Camboya (1975 a 1989), de las Malvinas (1982) y de Irán-Irak (1980-1988), entre otras?.

El país que ha vivido la monstruosidad de una guerra padece la enfermedad, la invalidez y la muerte, y, durante muchos años, calamidades, retrasos productivos, inseguridad política, colapsos económicos, recesión, estancamiento de las importaciones y exportaciones, dolor y pobreza, en suma, en particular en los países míseros o poco avanzados.

Las pérdidas humanas son irreparables y pueden serlo también los graves daños físicos y los trastornos psicopatológicos de muchos supervivientes que asistieron al asesinato o la desaparición de sus seres queridos y vivieron sus propios horrores (la 1ª Guerra Mundial causó 8 millones de huérfanos; en la guerra de Angola de 1993, el 20 por ciento de los niños fueron separados de

sus padres y el 67 por ciento presencié torturas; en la de Ruanda fueron violados gran cantidad de niños). Millones de discapacitados y muertos a quienes hemos dado en llamar el hombre (¿o tal vez no lo son?), han sido vejados, violados, desposeídos, heridos, torturados, bombardeados, fumigados, flameados, lapidados, ejecutados o descuartizados ante la pasividad del mundo, como tantas otras veces en la Historia que nos acusa inútilmente. No queremos saber nada, porque no valen nada. La verdad se oculta con propaganda

En la Primera Guerra Mundial los niños sumaron el 5 por ciento (unos 450.000) de las víctimas mortales. En la Segunda, el 50 por ciento de los muertos (unos 26 millones) fueron mujeres y niños. En las contiendas bélicas de los últimos 10 años las víctimas infantiles llegaron al 90 por ciento del total) han muerto casi 2, 2 millones de niños, de ellos 2 millones de niños soldados (en la guerra de Mozambique fueron medio millón), 15 millones padecen lesiones físicas y discapacidades graves, amputaciones de extremidades, extensas quemaduras o ceguera traumática, 12 millones han quedado sin hogar, 14 millones viven en campos de refugiados y 1 millón en orfanatos, y casi 25 millones sufren trastornos psíquicos que condicionarán sus vidas para el resto.

La mortalidad infantil aumenta por las epidemias de cólera (en el campo de refugiados de Goma murieron 50.000 niños por esta causa), tifus, disentería, sarampión, poliomielitis o tuberculosis etc., y por las patologías mentales. Tras la guerra del Golfo, se cuadruplicó; en Mozambique y en Angola (donde 300.000 niños perdieron a sus padres o fueron separados de ellos) se duplicó; el 50 por ciento de los niños que vivían en Somalia a principios de 1992 habían muerto al finalizar el año. Son niños a los que no hemos dejado serlo, que no han podido jugar (en paz) -y si lo hicieron fue entre los escombros, la metralla, la indigencia, las boñigas y otros excrementos, la desintegración familiar y el abandono-, y a los que hemos formado como esclavos en los trabajos forzados o como aprendices de guerrero (o ya expertos, a veces por un miserable sueldo), de sicario y de cadáver.

El hambre fuerza a comer ratas, insectos o lo que caiga, y al canibalismo, como ocurrió en la ciudad de Cuito durante el conflicto de Angola (donde un niño fue bautizado con el nombre "Guerra").

Las guerras llevan al vertedero líquido chatarra y contaminantes; a las profundidades abisales de los mares han ido a parar buques, aviones, bombas, contenedores con materiales atómicos, submarinos de propulsión nuclear y satélites, con sus carburantes, productos tóxicos y radioactivos y sus riesgos más que potenciales. Durante la Guerra del Golfo (1990-91) se vertieron al mar Arábigo más de 10 millones de barriles de petróleo (1.590.000 toneladas) y se quemaron en los pozos del Kuwait más de 3 millones de barriles diarios (477.000 toneladas) de petróleo, con formación de una gigantesca nube negra y tóxica que maltrató considerablemente al ecosistema marítimo-terrestre en el área del Golfo Pérsico.

Los mares y océanos son un basurero cuya contaminación disminuye la capacidad de las aguas marítimas para amortiguar y regular el efecto invernadero, agota el fitoplancton, el zooplancton y los caladeros, y aniquila las especies, a lo que contribuimos con métodos de pesca improcedentes. Los compromisos formalizados están al orden del día, pero seguimos jugando irresponsablemente con el futuro. Al paso que vamos a finales de siglo habrá un enorme déficit de pesca, problema por ciento de la alimentación básica mundial procede del mar. En el Atlántico occidental, a causa de los daños ecológicos (y las capturas descontroladas) de los últimos 15 años, sólo queda el 10 por ciento de los atunes rojos, lo que llevó a un acuerdo de reducción de su pesca (realizada en particular por Estados Unidos, Canadá y Japón); las capturas de pez espada, también en disminución, se han restringido.

Por otra parte, la contaminación general de los mares deteriora los campos, ciudades y hábitats del litoral, donde también se concentra el 90 por ciento de la contaminación tóxica.

La guerra destruye urbes y pueblos, instalaciones productivas, centros y bienes artísticos o históricos, vías de comunicación, puertos, aeropuertos (Sarajevo y Stupni Dol -antigua Yugoslavia-, Beirut -Libano-, y Cuito -Angola- fueron completamente arrasados; en la última o en el pueblo musulmán de Bosnia no quedó ningún edificio en pié), campos de cultivo, cosechas y especies animales y vegetales. Después, se reconstruye dificultosamente cuanto se pueda, y, en algunos aspectos, nunca.

Destruir para restituir lo perdido, con olvido del hombre. Estupidez suma, que beneficia a los poderosos.

Pese a las trágicas experiencias, nos enzarzamos a guerrear a la primera de cambio. Se justifica la guerra para conseguir la paz, cuando el trasfondo es bien distinto: poder, egoísmo e intolerancia. Y los hombres disfrutaban con sus triunfos bélicos, con la cabeza inconsecuente bajo el ala, echando las campanas de la necesidad y la muerte al vuelo de la alegría. La manifestación americana de alegría celebrada en Nueva York por la victoria en la guerra del Golfo de 1991, costó 5 millones de dólares, unos 575 millones de pesetas; en Estados Unidos hay 32-37 millones de pordioseros y otras gentes con necesidades básicas al descubierto, pero eso es otra cuestión, alguien dirá -el hecho y su moraleja- que de haber repartido el importe del festejo le corresponderían menos de 20 pesetas a cada uno, que a fin de cuentas no solucionan nada.

En 1994, cincuenta años después, estuvieron en el candelero los crímenes cometidos por Paul Touvier, en 1944 jefe de las milicias francesa y colaboracionista con los nazis, con multitud de muertos en su haber, entre ellos 7 judíos; sus fechorías, por las que fue condenado a cadena perpetua el 19 de abril de 1994, se consideran, y sin duda lo fueron, un crimen de lesa Humanidad (como lo fueron los del primer ministro, y sus acólitos, del gobierno provisional de Ruanda, responsable directo en 1994 de la muerte de medio millón de hutus y tutsis, y condenado a cadena perpetua por el Tribunal Penal Internacional constituido para aquel país -y han tenido que pasar para ello 50 años desde la firma de la Convención contra el genocidio, de 1948-; Yugoslavia, está pendiente también del mismo Tribunal para los desmanes allí cometidos recientemente).

Se pierde el hilo entre tantos datos sobre los hechos luctuosos. Vienen a ráfagas de todas las regiones mundiales, resulta imposible seguirlos y sería misión ingenua pretender traerlos aquí. Acabamos de saber.... Etcétera, etcétera, etcétera. El panel del terror nunca se completa.

- 2) Cada año se gastan en el mundo alrededor de 109 billones de pesetas en armamentos, en tecnologías y en la industria militar, cifra casi cinco veces mayor que el presupuesto global de España para todos los efectos -pensiones, sanidad, educación, justicia, infraestructuras, etc.- de sus casi 40 millones de habitantes. Y lo que es mucho más grave, ese gasto militar anual equivale a la renta de cerca de 3.000 millones de personas, algo más de la mitad de la Humanidad.

Mientras que los países ricos (con unos 97 soldados por 100 maestros) tienen unos gastos militares globales ligeramente superiores a los sanitarios, en los países pobres o en desarrollo los gastos militares son tres o cuatro veces mayores.

La media del gasto en defensa en los países de la OTAN (a excepción de Luxemburgo, con 1.000 militares profesionales) es del 2,6 por ciento del PIB; el 11 al 12 por ciento se dedica a la adquisición de materiales y equipos nuevos (la media de España es de las más bajas: el 1,5 por ciento del PIB, lo que supone unos 80 dólares por cápita y responde a la reducción del gasto militar emprendida en 1990); y la media del personal de defensa es del 2 por ciento de la población activa (en España, es el 1,5 por ciento).

Por otra parte, según ACNUR los gastos de organización de la ONU ascienden a unos 250 millones de dólares (300.000 millones de pesetas) y su presupuesto de promoción de la paz a unos 3.300 millones de dólares (3,96 billones de pesetas).

Esto se informa sobre tantas cosas, y al oyente, como a mí, no le queda otra opción que recogerlo, siempre sujeto a la duda. En cualquier caso, número arriba, número abajo, de un año antes o uno después, todo es igual de dramático y escalofriante.

Si no viéramos a los demás como enemigos violentos e invasores (como nos vemos a nosotros mismos) se obviarían las guerras y conflictos, y podríamos disponer los enormes presupuestos de armamentos y los dedicados a paliar los efectos dramáticos de la guerra (emigración, refugio, asilo, lesiones psicofísicas, daños materiales) para fines sociales universales y urgentes.

EMIGRACIÓN Y ASILO

Las personas emigran para encontrar trabajo, reunirse con sus familiares o en busca de asilo político como refugiados. Huyen de la superpoblación (hay muchos jóvenes en el Tercer Mundo y muchos viejos en las naciones ricas), de la penuria económica, de la ruina o la desarticulación política de sus países, de las guerras civiles, de los integristas y totalitarismos y del hostigamiento. Legal o ilegalmente irrumpen en aquellos de forma inesperada o más o menos previsible, en razón de las concurrencias de su país y la urgencia o no de su partida o exilio. La mayor parte llegan en oleadas a naciones con culturas y lenguas extrañas en las que las normas tienden a constreñir crecientemente su entrada y permanencia y donde no todos los ciudadanos les reciben sin hostilidad.

Las *emigrantes* tienen el carácter de *económicos* o de *refugiados*, estos últimos como desplazados forzosos o expatriados. La inmensa mayoría piden la comprensión y ayuda que les regateamos. Hay actualmente unos 100 millones de *emigrantes económicos*, cerca del 1,8 por ciento de la población mundial. Los menos son profesionales cualificados y en contadas ocasiones los solicitan con fines no laborales (al Japón, por ejemplo, van mujeres para casarse con los campesinos). Un 87 por ciento proceden de países subdesarrollados (unos 35 millones, del Africa subsahariana), la mitad de ellos son mujeres y un 80 por ciento permanecen clandestinamente en países que los rechazan.

La Convención de Ginebra (1951) y su Protocolo de Nueva York (1967) establecen que un *refugiado de derecho* «es la persona que por temor con razón a estar perseguido a causa de su raza, religión o nacionalidad, de su pertenencia

a un cierto grupo social o de sus opiniones políticas, se encuentra fuera del país donde está nacionalizado y no puede o, a causa de ese temor, no quiere reclamar la protección del país”, mientras que una *petición de asilo* es la de una persona solicitante del estatuto de refugiado y aún no concedida»; por otra parte el *asilo* se entiende como *territorial* cuando un país admite a una persona perseguida, y como *diplomático* si se le acoge en la embajada correspondiente.

El número de *refugiados* es abrumador y ha ido en aumento. Había 2,5 millones en el mundo al iniciarse la década de los años 70, unos 11 millones al principio de la de los 80, unos 13 a 14 millones de 1987 a 1990 y 18 millones hoy en día, sin contar los casi 25 millones de personas que son refugiados o desplazados internos en su país.

La relación se hace interminable -las cifras son inexactas y aumentan de un momento a otro-, por todo el mundo hay una diáspora de refugiados de casi todos los lugares, razas y culturas de la Tierra: húngaros, croatas, bosnios, rumanos, peruanos, chilenos, ahitianos, judíos, palestinos, angoleños, somalíes, etíopes, sudafricanos, chinos, hindúes, camboyanos, vietnamitas, laosianos, afganos, negros, blancos, gitanos, musulmanes, católicos, protestantes, europeos, asiáticos, americanos, africanos etc., etc.; son mujeres, hombres, niños, jóvenes, adultos y viejos, a veces enfermos o mutilados, que han perdido sus hogares y sus pertenencias y en muchos casos a su familia, a sus amigos y a sus tradiciones. Para atenderlos debidamente se calcula que sería necesario un billón de pesetas (más o menos entre 8.000 y 10.000 millones de dólares) y con ello no se solucionaría la raíz del problema.

La Declaración Universal de Derechos del Hombre (1948) establece en su artículo 13.1 que «en caso de persecución toda persona tiene derecho a buscar asilo y a disfrutar de él en cualquier país», protección que indirectamente hace suya la Convención de Salvaguarda de los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales de 1950, año, por otra parte, en el que fue creado por la ONU el Alto Comisionado para los refugiados (ACNUR). Según el artículo 22.7 de la Convención Americana sobre Derechos Humanos (1970) «toda persona tiene

derecho a buscar y recibir asilo en territorio extranjero en caso de persecución por delitos políticos o comunes conexos con los políticos y de acuerdo con la legislación de cada Estado y los Convenios Internacionales». Eso dicen los papeles.

A partir de 1988 las leyes de los países de la Unión Europea son cada vez más restrictivas; lo que ha desviado la demanda de asilo hacia los más pobres (Hungría, Polonia, República Checa, por ejemplo) agudizando en éstos sus dificultades internas.

Muchos de los que buscan asilo político son rechazados o repatriados, por mecanismos legales y expeditivos supuestamente porque según la Convención de Ginebra su petición no está fundamentada. Unos, directamente, como ocurrió con los 20.000 albanos que en 1991 pretendieron entrar en Italia por mar, apretujados en viejos barcos; con los que fueron expulsados de Grecia en la «operación escoba», en 1993; con los balseros cubanos o los ahitianos que atraviesan el Caribe en tartanas y yolas inseguras hacia los Estados Unidos; con los gitanos rumanos repelidos de Alemania; con el millón de inmigrados que fueron obligados a salir de Libia en octubre de 1995 o con los emigrantes marroquíes y demás africanos que vienen a España en pateras, para quedarse o dirigirse a otros países de Europa. Los más, casi tres cuartas partes, son devueltos por mecanismos legales rápidos y expeditivos o tras un asilo temporal.

Algunos inmigrados consiguen un trabajo estable o semiestable como «trabajadores huéspedes». Frecuentemente son ocupaciones despreciadas por los oriundos, que estigman a quienes las realizan tanto o más que su peculiaridad étnica o racial. Sus condiciones de vida suelen ser muy inferiores a las de los nacionales, sus derechos no son reconocidos en igualdad y la integración deseable no se da. Gran parte de ellos tienen a sus familias rotas, transfieren dinero a los países de origen e informan de la mejora que su vida ha experimentado, aún con las trabas o discriminaciones que suelen padecer (y ello, en los países de Consejo de Europa o firmantes de la Carta Social Europea -Turín, 1961- pese a las garantías de igualdad para los trabajadores emigrantes que

establece, en particular en su artículo 19), soñando a diario con retornar a su añorada patria, disponer de una vivienda, montar un pequeño negocio, comprar una camioneta o un terruño y ofrecer una actividad autónoma o hallar un trabajo con los que poder vivir.

Muchos no encuentran empleo y otros -unos 3 millones en Europa- están indocumentados. La mayoría sufrirán el agobio psicológico, legal y social y hasta la violencia mortal y no faltan los que delinquen para permanecer obligadamente en el país extraño, al menos mientras se juzga su delito (en Alemania, uno de estos infelices se ahorcó en su celda al conocer que habría de volver a su país, donde le perseguían por motivos políticos.

PRESENTE Y FUTURO

Desde que en 1878 se inventó la luz eléctrica, hace sólo 123 años, la población mundial creció más del trescientos por ciento. En este cortísimo trecho de su historia el hombre ha desplegado el ingenio de forma espectacular, en algún caso con sus creaciones más inmisericordes. La bomba atómica de uranio, la superbomba de hidrógeno (explosivo casi mil veces más potente que el anterior), que fue probada en 1952 o 1954 (los secretos de Estado dificultan el conocimiento exacto de un hecho de tamaño envergadura) e hizo desaparecer totalmente un atolón de las islas Marshall del Océano Pacífico, la bomba de neutrones (bomba de hidrógeno activada por una atómica de plutonio) que acaba con la vida sin afectar a todo lo demás, y las armas químicas y bacteriológicas, son algunos de sus engendros aniquiladores.

Disponemos de métodos electrónicos o radioastronómicos de larguísimo alcance, como el gigantesco telescopio espacial Hubble, y estudiamos los «quasar» (pequeños astros de gran luminosidad), los «pulsar» (astros menores que resultan de estrellas en su final o estrellas de neutrones que giran sobre sí mismas), los agujeros negros, los más complejos fenómenos del Universo y los vestigios de su origen. Conocemos la física cuántica y medimos la cantidad de energía más

pequeña del mundo físico o «constante de Planck» (6,626.11 elevado a -34 julios/segundo). Con el acelerador de partículas Tevatron se ha producido la fluctuación demostrativa del quark top, el último de los 6 «quarks» (las magnitudes físicas más pequeñas que existen, de unos 10 elevado a -18 metros, no observables, y parte de otras partículas mayores o hadrones) que junto con 6 «leptons» (el electrón, el muón, el tau y sus respectivos neutrinos) componen la estructura más simple del átomo (núcleo de protones y neutrones sobre el que giran los electrones formando una partícula de 10 elevado a -10 hasta -13 metros de diámetro); partículas de los átomos con las que se construyen las piezas que dan lugar a toda la materia existente desde que se formó el Universo.

Nos servimos de aparatos automáticos que secuencian casi 110.000 bases de ADN al día y han permitido la secuenciación completa del genoma humano (Craig Venter y Francis Collins, junio de 2001), de enzimas que funcionan como «tijeras químicas» para cortar fragmentos de genes o para ligarlos o «soldarlos» con otros, y de cromosomas artificiales de levaduras gigantes (YACs) hasta con 10 millones de pares de bases, para producir clones genéticos de estudio. Podemos pesar una «picra» o millonésima de gramo y conocemos los «hox», genes capaces de poner en marcha un programa genético y responsables de dar la forma a los organismos, y la localización de genes y sus variables identificados con determinadas enfermedades.

Yendo a lo que importa ¿qué porvenir tendremos con ese bagaje?. ¿Desaparecerá la Factidad como tal arcaísmo, con sus dominadores y secuaces en vela?. ¿Terminaremos con la inseguridad y la ansiedad provocadas por el hombre?. ¿Se eliminarán para siempre las guerras, las escisiones y las disensiones sangrientas?. ¿Se producirá un desarme mundial?. ¿Seguiremos empeñados en mojonar la Tierra y dividir la Humanidad más todavía?. ¿Evitaremos concitar los desmanes, los engaños, las fricciones y el rencor mundiales?. ¿Pondremos la ciencia y la tecnología al servicio de la Humanidad entera?

En definitiva, ¿con qué talante emprendemos la convivencia en los años futuros, de este siglo XXI sin ir más lejos?. ¿Restañaremos las heridas pasadas

y presentes?. ¿Construiremos una Humanidad sin ajenos, el poblado no sólo técnica sino humanamente universal, en una Tierra cuidada?. ¿Ganaremos la dignidad?

DEMOGRAFÍA Y URBANOCENTRISMO

La Humanidad está constituida por unas 15.000 poblaciones con culturas características y distribuidas en 105 países de los 5 continentes de la Tierra, de las que unas 5.000 son etnias o pueblos primitivos. Los pueblos indígenas -alrededor de 290 a 300 millones de personas- representan solamente entre el 5,5 y el 6 por ciento de la población, pero casi el 95 por ciento de la diversidad cultural.

El crecimiento demográfico previsto se acompañará de una acusada descompensación entre las zonas rurales y las ciudades, en la distribución regional y en los porcentajes grupales de las pirámides de edades. La población de las zonas rurales continuará reduciéndose. Unos 30 millones de personas dejan cada año los campos, las aldeas, los pueblos y villares y se trasladan a las ciudades de sus países o de otros. Si en el año 1950 la población rural suponía un 83 por ciento de la población mundial y en 1975 un 75 por ciento, para el año 2010 puede que no llegue el 40 por ciento.

Las emigraciones internas y externas continuarán imparables, cualquier riesgo pasa a un plano muy secundario cuando se trata de sobrevivir. La mayor parte de los emigrantes se dirigirán a las ciudades, supuestamente más esperanzadoras, cuyas poblaciones e incrementarán con celeridad (también a causa del crecimiento vegetativo), hasta triplicarse en los próximos 40 años.

Ya para comienzos del 2000 se prevé un urbanocentripetismo impresionante, con formación de megalópolis y aumento del número de ciudades medias y grandes. Las mayores concentraciones tendrán lugar en ciudades como México y Sao Paulo (Brasil), con 26 a 30 millones de habitantes; en Tokio (Japón), con 25 millones; en Calcuta y Bombay (India), con alrededor de 24 millones; en

Shanghai (China) y Nueva York (Estados Unidos), con cerca de 17 millones; en Pekín (China), Los Angeles (Estados Unidos), El Cairo (Egipto) y Yakarta (Indonesia), con 15 millones; en Nueva Delhi (India), Buenos Aires (Argentina), Lagos (Nigeria), Tianyín (China) y Seúl (Corea del Sur), con unos 12,7 a 13,2 millones; en Río de Janeiro (Brasil) y Dhaka (Bangla Desh), con 12,5 millones y en Manila (Filipinas) y Karachi (Paquistán), con unos 11,8 millones.

¿HAY UN PROGRESO EVOLUTIVO?

Hemos llegado a un estado de cosas tenidas por naturales e inevitables con pasmosa frivolidad. Los sentimientos más envilecidos conviven con los más nobles, la sonrisa con el llanto, el canto alegre con el grito, la luz de la confianza con las tinieblas de la desesperación, el destripador con el cobaya, el hogar patricio y acogedor con la inclusa de desheredados. Muchos individuos, grupos y naciones parecen tener una prelación inminente por un adversario al que hacer papilla. Las especies vivas se mantienen en sus hábitats de siempre, a excepción del hombre, que ha hecho de la Tierra un territorio gobal en el que compite enconadamente contra sí mismo y contra todo. La prístina cultura de la violencia trajo los cienos y la discordia de nuestros días, amparados en la socapa, el mesianismo, el totalitarismo o la ética rebuscada o emputecida -las dentelladas inauditas de la cultura que tanto nos enorgullece-, en cuyos nombres se concita el odio y el desprecio, se mata y destruye casi con familiaridad.

Vivimos nuestro hoy y nuestro poder caiga quién o lo qué caiga, y nos sobran ovillos dialécticos, columpios morales y garabatos legales para justificarlo o disimularlo, falseando la realidad a la medida de minorías fácticas y ante la pasividad de multitudes seducidas, negligentes y satisfechas. Es nuestro infortunio, la demencia que nos lleva a pasar de largo sobre la barbarie, maqui-llándola tantas y tantas veces -en una actitud procaz de buena conciencia que no trasciende a beneficios colectivos- con la facundia redentora y las ideas sociales o políticas salvíficas cuyos orígenes e intenciones tanto tienen que ver con los egoísmos intransigentes que sólo a sí mismos acreditan e imponen. El

homo vestido con los ropajes de la cultura, la inteligencia y el poder quita este lote de ventajas a la mayoría de sus congéneres, los monos desnudos y cohibidos de la *Ajenidad*, y lo rentabiliza. Los discursos exhuberantes son cosa muy distinta al dolor de cientos de millones de apencados, desinsertados y sin oportunidades del otro lado de la cancela que cerramos.

¿QUÉ PUEDE OCURRIR?

¿Somos una especie decadente, casi un residuo no recuperable ni reciclable racionalmente y condenado a perecer?. Me resisto a admitir que la evolución terminará en el ser inconsecuente, en la piltrafa cultural que somos.

¿O es la cultura el mecanismo no previsto por la Naturaleza que acabará con la especie humana?. Tal vez, pues sin caer en el derrotismo nuestra necia conducta anticipa un homo exterminador de la vida; después será posible reiniciar lo andado si las bacterias reevolucionan en el Planeta residual o en cualquier otro cuerpo cósmico.

Y si otro fuera nuestro sino, ¿vivirán los descendientes todavía en la Tierra?. ¿Serán un ser psicofísico distinto, con otra denominación y los mismos o mayores vicios?. ¿O se habrá llegado por fin al «ser humano», la Humanidad verdadera, dominado el viejo reptil del cerebro y la *necrocultura* del hombre?. si esta hipótesis se cumpliera se sorprenderán -se avergonzarán- del uso vandálico que hicimos de la razón.

¿SOLUCIONES?

La violencia, el motor de la evolución del hombre, el bagaje secular con que sobrevivió cuando no era más fuerte y rápido que los predadores de sus entornos, su capacidad más experimentada para adaptarse al medio, es ahora la pulpa de su irracionalidad, el vector que le ha convertido en el animal más

destructor, sin razón alguna para ello o por pretendidas razones fácilmente salvables si hubiera tal voluntad.

Civilización y cultura habrían de significar dignidad -merecida por todos y para todos-, convivencia en paz, libertad, igualdad y justicia: y, si del progreso hablamos, tendría que ser efectivo y universal. Malhadadamente no ocurre así. La violencia es hoy una simiente inconciliable con la dignidad. La danza, la música, la escultura, las letras, la pintura, la tecnología, las ciencias y cuanto la psique expedita del hombre es capaz de entrever y concebir, tienen enfrente a la coonestación, el acaparamiento contra natura y la masacre. Junto a la bellísima creación artística o literaria y a la exacta producción matemática o física, el hombre ha destruido absurdamente a otros seres vivos y al Planeta; al lado del amor desplegó el odio más profundo; entre la opulencia de algunos y el bienestar congestivo de otros se bate la miseria de las mayorías; la injusticia y el desorden imperan sobre el orden justo y mínimo; las guerras secuestran la paz y asolan los países; la incompreensión hace muescas tremendas en la tolerancia; la necesidad y la inseguridad se desbocan en la ansiedad y la ofuscación; el asedio pulveriza la intimidad y vence la resistencia de las conciencias; el delito y la avaricia se han convertido en modelo contra la honradez y la solidaridad acorraladas; la vida, débil ante la muerte aislada o selectiva, es un valor exiguo.

Es la gran paradoja de la cultura. Por un lado, mitiga y «civiliza» la agresividad animal del hombre; por otro, genera modalidades refinadas de violencia que no puede solapar aplicando lentes morales de acomodación o salpicando con frases puramente retóricas o de conveniencia. A la par que se compromete a defender los valores humanos que se asigna, y oferta su sensibilidad humanista y toda su capacidad creadora positiva, gran parte de la Humanidad sufre en la llaga, la depauperación y el traumatismo por la ruindad cultural o la negligencia de muchos hombres, sin que ninguno de aquellos valores fundamentales les sean a los doblegados tenidos en cuenta ni dispongan de los bienes conseguidos con creces por otros. Esta excisión ética y moral aboca al hundimiento de nuestra cultura, a su fracaso.

¿Por qué el hombre alcanzó simultáneamente tales cotas de creatividad positiva y de violenta degradación?. ¿Por qué utiliza su portentosa consciencia de modo tan anómalo e inflacionario?. Las respuestas, aún a costa de ser reiterativo, están implícitas en la *animalidad cultural*; dicho de otro modo, en su ineludible agresividad (el componente animal, «lo natural»), aguijoneada por motivaciones violentas de la razón (el componente cultural, «lo artificial»).

El hombre es hoy un *canibal cultural universal*, las consecuencias de su violento proceder son desmoralizadoras, y la violencia tanto más insólita si se parte de las cualidades y medios de que estamos dotados: la consciencia con capacidades para el *raciocinio*, el *lenguaje* y la ingente *cultura* devenida y compilada, cualidades y medios que apenas sirven de nada a la Humanidad en conjunto para eliminar la violencia. Los horrores del presente no estimulan como debieran a impedir tajantemente el resurgir endemoniado de la violencia ni a solventar objetivamente las controvertibles consonancias acerca de nuestro ser y razón de ser o las justificaciones que hacemos de nuestra existencia culturalmente desenfocada. Y si nos tildo de necios es porque así se define al despilfarrador de sus posibilidades para usar la razón correctamente, al que no sabe lo que podría ni actúa como debiera.

Si hay soluciones a esa necedad vertiginosa no buscamos los asensos adecuados para ponerlas concluyentemente en práctica, o se emprenden esporádica y sectorialmente con una tibieza desconsoladora. Y tal semeja que no serán eficaces hasta que nuestra especie alcance, si es que lo consigue, el período de su evolución en que ya sea verdaderamente el ser humano, merecedor de la dignidad (la utopía) que benévolamente considera intrínseca, y sienta y practique lo humano en su dimensión real. Ese desideratum parece inalcanzable, pero hemos de prevenirlo y guiarlo o nuestra cultura, tan descompensada ya por su brutalidad, trastornará sustancialmente la evolución, si antes no aniquilamos la vida sin remisión con las “maravillas” científicas y tecnológicas que producimos o al despedazarnos unos a otros definitivamente.

Haríamos bien en ventilar el desván mental de seres ficticiamente superiores, y en dispersar la bruma trasnochada de las reputaciones y las urdi-

dumbres acrílicas sobre el animal cultural que somos, mirando de frente a la Humanidad tal y como es, con el hombre de señor y siervo, dueño y esclavo, prudente y zafio, creativo y destructor, verdugo y víctima. Pero no lo hacemos así. El prosaico existir, la propensión a lo inmediato, las subordinaciones, elucubraciones o las exégesis ideológicas, filosóficas o confesionales apartan al hombre de una revisión serena y una autocrítica elemental, absolutamente cruciales para esclarecer con ecuanimidad su auténtica ubicación en el mundo y el comportamiento preciso para materializar una convivencia coherente y encaminarse por otra senda que la seguida hasta ahora, decepcionante consigo mismo y con la Naturaleza de la que forma parte como una existencia más. En suma, para aceptar quién o qué es verdaderamente el hombre, sin panegíricos ni socolores, y, si aún fuera posible (que lo es, dicho sea enseguida), para entender como habría de integrarse con *estatura ética humana* en la Tierra que agobia, desgaja, reparte y apenas comparte.

Ante todo urge preguntarnos *hacia donde bascula la razón, qué hemos hecho con la dignidad y cuáles son las verdades del hombre*. Dejar a la violencia de lado, como un corolario inevitable, sin interpelación ni erradicación, supondría darle cancha y alas, volverla indomeñable, casi invulnerable.

La elección precedente es meridianamente clara, dicho sea sin desconocer las enormes y complejas dificultades que comportarán su puesta en marcha y cumplimiento ulterior. Es hora de cruzar el Rubicón de la necedad y convenir resueltamente un plante de revulsión contra la violencia, de concienciar y concienzar a una ruptura regeneradora, a una *capitulación de la razón crítica universal* y de afianzarla sin flaquezas ante presión alguna o acusaciones de credulidad o chifladura.

O nos embarcamos pacífica y decididamente en esta empresa común o los hombres/dioses seguirán impertérritos y encastillados, observando sus hecatombes (ahora de hombres y naturaleza, y no de bueyes) desde las mansiones y rascacielos insonorizados al dolor; los Olimpos del dinero y cuanto de negativo puede movilizar: la mente, la ciencia, la tecnología, el petróleo, el plutonio, el

trallazo, la hipocresía y la occisión-, en los que gozan, intocables e insaciables, del néctar y la ambrosía, al olor de montañas de carne humana transida e insignificante. Hasta que la *Ajenidad* atáxica se contraiga impetuosamente y la Tierra se convierta en un campo de batalla a vida o muerte.

UN NUEVO TALANTE UNIVERSAL

La violencia es la anticivilización, de ahí que nadie sea culpable de la sandez del hombre salvo él mismo, su parte incongruente de inquisidor culto y endiosado. Cuanta vida se echa a perder, pudiendo evitarlo, no se debe a desastres naturales ni a criaturas o fenómenos de otros mundos, sino al hombre, que ha aniquilado más en los últimos años de predominio cultural que durante toda su evolución. La cultura no enmienda la violencia que genera y el lenguaje se malogra en circunloquios, parafernalias y quincallas decorativas del dominador y como concubina del embeleco, no vale para que podamos entendernos en paz, son más efectivas la guerra o la efracción para zanjar desacuerdos o patrioterismos incandescentes y establecer imperios. De continuar como hasta ahora nunca habrá reconciliación entre el predador del Norte y sus víctimas del Sur (en especial), entre el Primer Mundo y todos los demás Mundos, entre los individuos y sectores sociales distanciados entre sí y entre la Humanidad y la Biosfera.

Pero el hombre no es un necio genético y puede replegarse a la racionalidad recomponiendo su conducta, rebalsando los valores que nos atribuimos, domesticando al máximo los genes del instinto brutal y la química de la bajeza y cargando su herencia cultural con información y contenidos humanistas. No es un utopía luchar por nosotros mismos, por los hijos y por la Tierra en que vivimos, que si lo fuera bien merecería la pena. La Humanidad y la Vida nos incumben antes que nada y tienen que ser muy distintas a como son: *la misión racional del hombre es la de ser lo más humano posible*. No se trata de absolverlo o refundirlo ni menos de redimirlo, sino de desbaratar su violencia y sacarle el máximo partido humano. Depende de todos, de los que están en la lid y de los que no darán la espalda cuando se colme el vaso y se toque a diana y zafarrancho,

que, esperémoslo, sean los de la racionalidad. O ganamos con denuedo la dignidad -la única salvaguardia contra la estupidez- o no habrá Humanidad culminada ni Tierra común. Hablo de una Humanidad «real», no mejor tan sólo, y de una Tierra compartida que nos dé cuanto pueda: no las matemos, ni consintamos que nadie lo haga y nos mate.

El proyecto válido para resolver este nudo gordiano ha de ser unívocamente cultural, porque ése es el origen de la violencia y para anular el efecto hay que extirpar la causa. Y al ser cultural, podrá incluir lo ético, lo político, lo religioso o lo ideológico con tal que desde esa perspectiva miren por el hombre y la naturaleza y operen sin ventajismos, monsergas, maximalismos, molificaciones ni eximentes.

LA CAPITULACIÓN RACIONAL

Si han de llegar, las soluciones sólo podrán hacerlo de la mano de un *nuevo talante planetario*. Las teorías y prédicas nos recuerdan que las consciencias no están en lo que tienen que estar y que se alcanza muy poco con el martilleo de proyectos sin apoyo en una *consciencia existencial colectiva*, inequívocamente humana y rigurosamente democrática y cívica. O lo aceptamos y ponemos voluntad, inteligencia y redados a tales convocatorias y sinergias universales o será imposible lograr un pacto de objetivos inconfundiblemente humanizantes -una *capitulación racional de la consciencia universal*- y no podremos esperar sino que la Humanidad vaya a trancas y barrancas o de mal en peor. Es la disyuntiva que tenemos por delante. No se puede pretender cambiar de repente la conducta violenta de la Humanidad, pero se podrá hacer mucho a cierto plazo si articulamos las medidas aplicables y contribuimos todos, muy en particular los líderes sociales, y fundamentalmente los políticos: ellos son los depositarios de la confianza y la soberanía de los ciudadanos y los poderes legislativo y ejecutivo que ostentan servirán mejor que ningún otro para ir colocando los pilares.

La capitulación racional con la que abordar y consolidar el *Orden mundial de la Humanidad* no será posible si no tiene como soportes esenciales la *cultura de la dignidad* y la *democracia integral*, supervisada y tutelada ésta por una autoridad supranacional legitimada. El futuro se deberá asentar únicamente con las revoluciones por el diálogo, anulando cualquier hábito o brote de violencia.

1. De la ominosa *cultura de la violencia* hemos de pasar a la *cultura universal de la dignidad*. Hay que terminar con las propagandas fatalistas de que «siempre habrá pudientes y menesterosos» o «cívicos y sinvergüenzas», que «la vida y las cosas son como son», que «la agresividad realiza al hombre» o que «quién no lo acepte así es un soñador o un iluso», entre otras diagonales del intelecto porque provienen de los avispados que la cultivan para mal ajeno y bien propio y de algún que otro descifrador desencaminado del psicoanálisis. La *Factidad* es el Desorden, así de categórico, y defiende con uñas y dientes su violencia, su hedonismo y su plétora de dominio; para anularla es perentorio cambiar los comportamientos violentos y hacer de este mundo el lugar de la consciencia ética y la responsabilidad de todos los hombres y mujeres y, de la Tierra, lo más parecido al jardín azul y verde que fue a nuestra llegada.
2. Se precisa un *Orden mundial consensuado y mantenido*. Hemos creado el Desorden de la Humanidad, pero podemos corregirlo con actitudes de reconciliación y regeneración dignas, democráticas y cívicas, con políticas comunes atentas a la evolución demográfica y a la conservación de la naturaleza y con un espacio económico, de producción y mercado acorde con las exigencias del nuevo talante universal y las necesidades reales, que remedien en muchos lugares de la Tierra la actual inobservancia de los derechos humanos, la inestabilidad política y social, el desvalijamiento y el embargo debidos a la *Factidad*.
3. Hay que configurar una *democracia integral, coparticipada* y sin latrías, con la que cada quien conserve su peculiaridad y cada país su autogobierno sin indisponer ni pulverizar los de otros.

El mundo y las sociedades han cambiado, y la democracia ha de adaptarse a ello. En circunstancias y tiempos como los actuales y futuros previsibles es un desliz otorgar completa validez a la democracia clásica, que necesita de una revisión para poder afrontarlas satisfactoriamente.

Nacida en el siglo VII a. de C. en las colonias griegas de Asia Menor, perfeccionada en Grecia, en el Imperio Romano (en representación de intereses civiles contrapuestos), durante la Edad Media (el autogobierno del pueblo en el municipio), en el siglo XVI (la soberanía popular, la representación y el contrato social), en el Renacimiento (la identidad del derecho natural, la exigencia de la razón y la convivencia asociativa) y en siglos posteriores (con la organización de instancias democráticas), la democracia fue relativamente útil hasta el presente, con inconsistencias, vaivenes y retrocesos, pues no sirvió a toda la población mundial (hoy mismo, sobre el papel sólo son formalmente democráticos el 60 por ciento de los 186 Estados de la Tierra).

La democracia clásica resulta insuficiente y su endeblez la pone en peligro. Ha llegado el tiempo de dar un salto hacia adelante en su concepción y actualizar su práctica. En definitiva, si aspiramos a que el mundo intercomunicado e interrelacionado sea de verdad la aldea global del hombre, la democracia deberá constituirse como un quehacer coparticipativo de la Humanidad, de modo que lo político se traduzca social y económicamente en bien de la globalidad.

- a) Ha de ser el gobierno político de los Estados por quienes, libremente elegidos por sufragio universal, representen la soberanía de los pueblos, entendida y asumida como la *soberanía de la convivencia pacífica*, que extienda el parlamentarismo y el gobierno político no sólo a cada Estado sino también al contexto mundial y constituya sostenidamente *el pueblo y la ciudadanía universales*.
- b) No solo los parlamentos, sino también los gobiernos, deberán basarse en representaciones proporcionales de los ciudadanos, de modo que el producto sociopolítico de aquellos provenga de la *acción cohesionada de mayorías y minorías* (la cohesión es articulación y vertebración efectivas, no sólo

unión o conjunción, requisitos estos de aquella que pueden implicar cierto grado de artificio, endogamia y disfuncionalidad).

La democracia, valedora de las minorías étnicas, raciales y religiosas, en la práctica actual es con frecuencia antitética de las minorías políticas, condenadas no pocas veces al ostracismo y batiéndose exclusivamente en la disonancia. La cesión legitimada de la gestión pública de la sociedad a las mayorías puede carecer de la necesaria eficacia y tiene serios inconvenientes; las minorías representativas, apartadas de las decisiones y contrariadas temporalmente sus aportaciones a lo político y social, son la oposición levantisca en pos del triunfo electoral para cambiar aquello en que no fueran tenidas en cuenta o de lo que quedaron desligadas (si no es para tomarse la revancha por la mano, por considerarlo justa correspondencia con el adversario) o para ponerlo patas arriba.

Sus formulaciones básicas aparte, traducida en una diferenciada representación popular para ejercer y gestionar el poder en base a ideas y programas, la democracia clásica se va exfoliando y pierde parte de su razón de ser en un mundo sin soluciones de continuidad (que no sean las que obligan los dominantes fácticos), porque con su modelo vigente la alternancia conduce con frecuencia al entecimiento operativo, al desgaste, a la suspicacia, a la descalificación apriorística, al enredo, a la improvisación, a conflictos y desequilibrios nacionales, regionales y mundiales y a empobrecimientos territorializados que, por las experiencias de sobra conocidas, no pueden ofrecer dudas. Un gobierno amparado en el 55 por ciento de los votos (por ejemplo) pone fuera de opción al 45 por ciento restante -lo que no deja de ser hasta racional y democráticamente impropio-, relegando esta voluntad ciudadana a ser generalmente oposición pura y dura en los intervalos entre referendums. Por el contrario, los parlamentos y gobiernos coproporcionalmente constituidos darán efectividad con menores tensiones a la democracia integral, representarán al pueblo en su totalidad (si no participan lo representan en vano, que es casi como no hacerlo) y en cada momento y asunto, se granjearán su confianza, abocarán a soluciones compartidas de las cuestiones sociales prosaicas o en perspectiva y evitarán los trastornos y desvíos de las endogamias y las escandaleras que los cambios de gobiernos y la replanificación inconexa de las políticas originan a menudo.

La democracia integral será asunto común y universal, todos habremos de remar juntos, tendremos el *derecho a estar y participar, la obligación de contribuir* y el *deber conciliatorio*, en aras del bienestar nacional y mundial en su sentido más amplio. Las diferencias se arreglarán «desde dentro», en las mesas conjuntas del debate objetivo y la sensatez, así que los resultados de cada acuerdo deberán responder a la disposición y voluntad explícitas de todos para conseguirlos. Se prosperará y se mantendrá con más seguridad el bienestar colectivo suficiente y estable cuando las mayorías y las minorías frenen o moderen sus tendencias contrarias enzarzadas en duelos de hegemonía y flexibilicen sus líneas divisorias hasta el punto y medida en que sus conductas y actividades confluyan en beneficios sociales aceptados por y para todos -sin recelos, vencedores ni vencidos-, aunque en determinados casos alguien o algún grupo no queden plenamente satisfechos con las resoluciones adoptadas. *La democracia coparticipativa y convivencial consistirá precisamente en que cada uno sea capaz de ceder parte de esa plenitud propia en beneficio de todos*. No se propone la panacea del imposible ni la solución irrealizable de la cuadratura del círculo sino la puesta en vigencia del raciocinio y la lógica aplicados consistentemente a la política, civilidad y el humanismo. Con ello quiero afirmar que el ciudadano debe estar representado por la opción política que eligió, aunque esta haya perdido unas elecciones. Aún en ese caso, *el ciudadano nunca debe perder*.

Con la democracia clásica se ha luchado extraordinariamente por la unión de los pueblos (los Estados Unidos de América, la Unión Europea y otras coincidencias de proyectos entre naciones son prueba de ello). La democracia integral culminará en una comunidad y una ciudadanía mundiales (la *Unión Mundial*) cuando los hombres del Planeta asuman y desempeñen cohesionadamente y con transparencia sus responsabilidades. Supondrá un no más «lo mío, lo nuestro o lo del país» como patrimonios enemigos de «lo de los demás» y de la diversidad, no más cercos excluyentes a territorios físicos o mentales que dejan fuera los de los otros, y que «lo de todos» puede ser perfectamente «lo de cada uno», sin que nadie se quede sin «lo suyo» y merecido.

4. Es necesaria una *instancia democrática supranacional, paritariamente representativa y universalmente investida y aceptada* que, a tenor del derecho internacional oportuno (interpretado por el *Tribunal Internacional* correspondiente) pueda decidir y actuar sin cortapisas ni acusaciones de injerencia cuando proceda desbloquear, resolver o impedir sin dilación los pleitos no democráticos ni pacíficos de las naciones o entre las naciones, sin afectar a sus derechos de autodeterminación, integridad territorial e independencia reconocidos. Lo prioritario será evitarla o acabar con la violencia y mantener la paz, para dialogar razonablemente, entonces y después, sobre las diferencias significativas ocasionales. Cada país reconocerá esta autoridad a los efectos que se le confieran, en especial los de proteger el orden tolerante, solidario y pacífico y preservar la libertad, la igualdad y la justicia.

Hechos como los propiciados por la vergonzosa política de presiones y cambalaches de las naciones, poderosas o no, y por la indolencia de las organizaciones o fuerzas internacionales deben terminar para siempre; sus actuaciones en las guerras del Golfo, de Ruanda, de Chechenia, de la ex-Yugoslavia, etc., son prueba de su inutilidad, pese a las caras compungidas, las palabras vacías, las intervenciones bélicas y la catarata de resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, en buena medida condicionadas, tanto por los intereses refractarios en juego como por las limitaciones que adolecen sus estructuras desfasadas como su relativa aceptación práctica.

No podemos fallar en la capitulación racional, o la descomposición de la vida sobre la Tierra puede no tardar en ocurrir. La tarea no es fácil -más bien muy problemática y difícil, por el deterioro ya provocado y por las ideologías e intereses fortísimos, insensibles y despiertos que están en el fondo de la violencia y la instrumentalizan-, y por ello ha de emprenderse sin tardanza y ser duradera. En la libertad y en la nueva democracia -coparticipativas, tolerantes y sin salvoconductos de genes y clases-, en el diálogo inteligente, reposado y conciso, en los rangos éticos conciliables y pertinentes, en las decisiones sin escatimar coraje, señalando un plazo razonable, han de aunarse con

determinación y entrega contra el grillete estremecedor de los señores de la vida, de la guerra y de la muerte y contra los cómplices mediocres que sustentan su corona. No hay mejor opción aconsejable que la capitulación racional para que la Tierra deje de ser el crisol de la opresión, el retén intransigente de la Factidad, y para construir una Humanidad de ciudadanos y sectores cabales sobre la estantigua manicomial en que ha sido convertido. Hay mujeres y hombres que pueden lograrlo: están sufriendo, cavilando o naciendo ahora mismo (o lo harán en los instantes venideros) y en cualquiera lugar.

El paraíso del hombre está en la Tierra, siempre estuvo aquí, en nosotros y en el universo tangible al que pertenecemos. Admitamos que hay que cambiar la disposición y la acción individuales y colectivas para avanzar hacia una escala de valores humanizantes cuyo hábito sea sentido y eficaz, donde no haya lugar para los circos pseudoéticos y la autoridad que no sea moral.

El paraíso es la verdadera cultura volcada y triunfante contra toda violencia física, psíquica y social. Es la Humanidad plena, tranquila y consociada, sin famélicos, ignorantes, odios, atropellos, jinetes de la vida y la muerte, vasallos, extremismos, tiranías, perseguidos, discriminados ni fosas de infelices en una Tierra cuidada. Es la cultura del nacer para gozar de la vida cuanto se pueda y no para padecerla.

REFLEXIONES FINALES

La violencia es una lacra cultural, y solo podrá aislarse y eliminarse desde la propia Cultura.

La Cultura Bioética se ha ido configurando y asentando como uno de sus instrumentos civiles más eficaces contra los usos inadecuados o los abusos de la ciencia y la tecnología, que perversamente enfocadas son fuente de violencia de distinto tipo. Para evitar las aplicaciones científicotécnicas indeseables les pido que sigan profundizando en la Bioética y que hagan de ella un hábito

basado en la información veraz, la participación, la deliberación y la opinión abierta.

En cuanto a los conflictos, hemos de esforzarnos en llevar convencidamente a la práctica que la actitud idónea es la que se asienta en el diálogo, el argumento fundado y el activismo pacífico, y no en la violencia y las armas. Que la única revolución sea la de la inteligencia tranquila y compartida con miras auténticamente sociales, y que para ser efectiva, exige, al menos:

- Restablecer la confianza mutua
- Crear las condiciones para el consenso
- Valorar sosegadamente las propuestas de las partes
- Comprometerse con el cumplimiento de los principios democráticos y de los derechos humanos
- Actuar con un talante de entendimiento y voluntad de coincidencias
- Respetar lo acordado
- Avanzar conjunta y progresivamente en los logros sociales, políticos y económicos.

“La opinión pública (no la publicada), es la opinión”, me escribió hace tiempo la profesora Ruvellin Devichy con ocasión de una encuesta realizada por las Universidades de París y Lyon. Lo ratifico. En particular en una sociedad civil informada, madura y decidida la opinión pública tiene una importancia capital, hasta el punto que puede influir y orientar la historia y la vida de las gentes en cada momento y asunto dados. En lo que al pueblo colombiano concierne, es mucho lo que puede conseguir, aunque no resulte fácil y siempre haya serias cuestiones pendientes que solucionar, como ha ocurrido en otros lugares, valga el caso en mi país. Disculpádmeme si os recuerdo lo que ocupa vuestras mentes: que hagáis, por favor, causa común como *sociedad civil*, que perseveréis y creáis firmemente en vosotros mismos y en que podéis cambiar el estado negativo de las cosas, meta que deseo fervientemente logréis cuanto antes. La sociedad civil es escenario y resorte de acción indispensable para corregir e impedir los riesgos a que la exponen y someten el egoísmo, la

intolerancia, el nepotismo, el abuso y la arbitrariedad; si se lo propone (el pacto de civilidad es el asenso de largo alcance que propongo) acaba cercandoe invalidando a los agentes provocadores de riesgos y haciendo realidad sus propósitos convivenciales de verdadera democracia, libertad, seguridad, justicia y bienestar sostenido.

Eso quería modestamente decirlos; y particularmente a ti, Leonor, que nunca olvidaré las enseñanzas de tus intervenciones. Fue una experiencia excepcional y un alto honor encontrarme aquí y participar de lo que os preocupa. Gracias a todos.